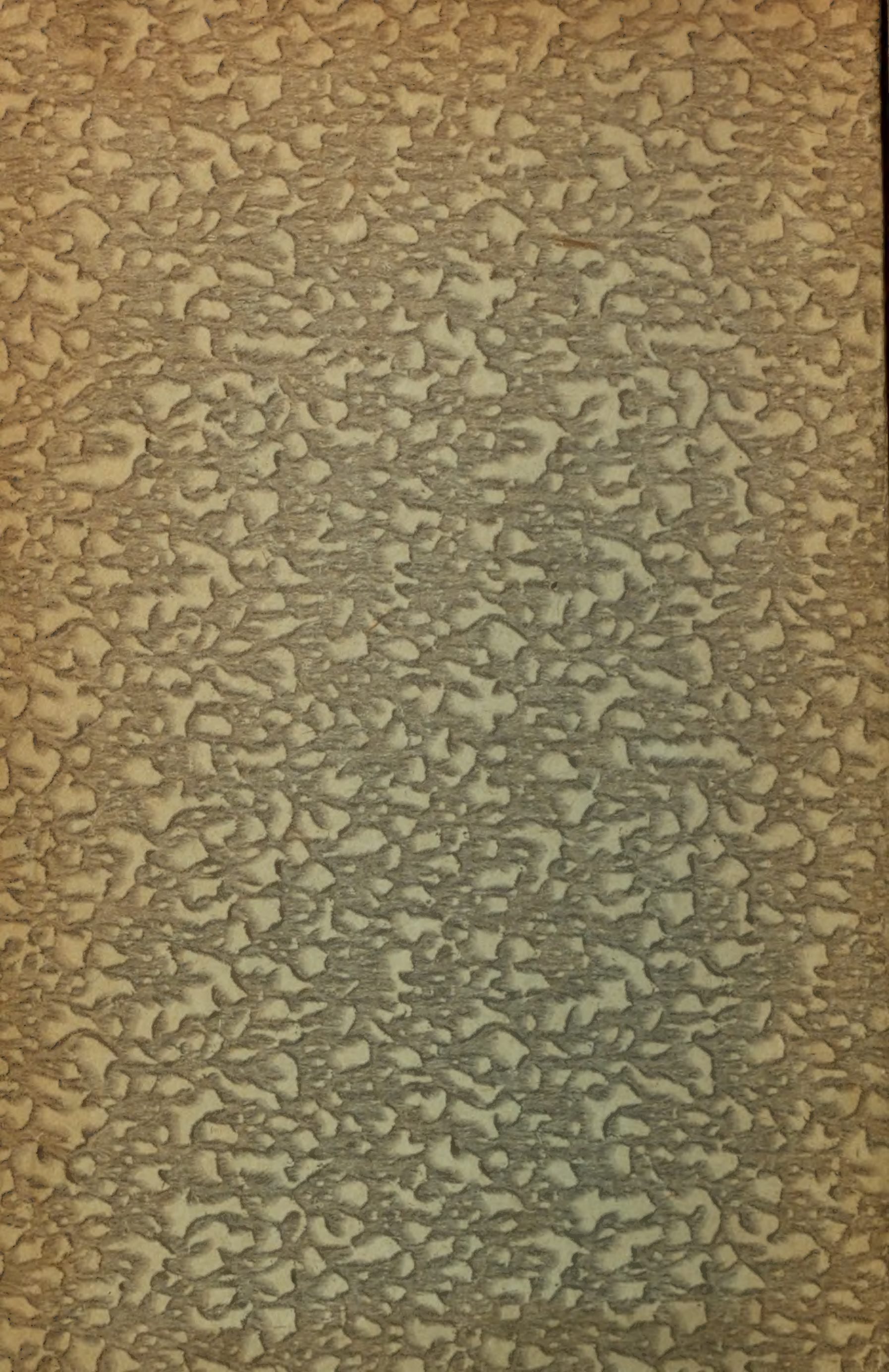

3 1761 07803042 6





OBRAS PUBLICADAS

PÍO BAROJA

"Paradox, Rey", 3 ptas. "La feria de los discretos", 3,50. "La Busca", 3,50. "Nuevo tablado de Arlequín", 3,00. "Juventud, egolatría", 3,50. "El árbol de la ciencia", 3,50. "La veleta de Gastizar", 4,00. "Los caudillos de 1830", 4,00. "Idilios y fantasías" 3,00 ptas.

JULIO VALLÉS

"El niño" (vida de Jaime Vingtras), 4 ptas.

ENRIQUE BARBUSSE

"El fuego en las trincheras" 4 ptas.

CARLOS RIVET

"El último Romanof" (historia del Tsar de Rusia y su corte), 3,50 ptas.

JUAN GUALBERTO NESSI

"Aventuras del submarino alemán U...", 2 ptas

JULIÁN SOREL

"Los hombres del 98, Unamuno", 2 ptas.

LORENZO GALLEGO CARRANZA

"Lecciones de Topografía". Obra adaptada al nuevo programa de esta asignatura en la academia de Infantería y aprobada como texto definitivo para la misma por R. O. de 25 de junio de 1917, 9 pesetas. Contiene 32 láminas en colores.

IDILIOS Y FANTASÍAS

Imprenta y litografía de Rafael Caro Raggio.

PÍO BAROJA

IDILIOS Y FANTASÍAS



RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
VENTURA RODRÍGUEZ, 18
1918

PRÓLOGO

CON AIRE DE BALADA)

Le tengo que contar una pequeña mentira, mi querida amiga.

—¡Mentira!—dirá usted con desdén. Usted que es tan verídica.

—Sí, una pequeña mentira alegórica que quiere representar algo que a mí se me figura una verdad. No, no se ponga usted tan desdeñosa conmigo. Yo no tengo la culpa de ser lo que se llama en nuestro país un hombre sin fundamento; yo no tengo, tampoco, la culpa de ser viejo, ni de llevar

un grano de insensatez y de locura envuelto en mi seriedad profunda.

—¿Un grano nada más?

—Uno solo y parece que basta. Es la naturaleza la que le ha hecho a uno así. Este grano de insensatez me perturba y hace que mi centro de gravedad caiga, a veces, fuera del área de sustentación.

—Ya está usted con sus explicaciones confusas.

—¿Son confusas? No es estraño. No sabe usted cómo sangra interiormente la herida de no sentirse nunca justificado ni legitimado ante los ojos de usted. Esto me trastorna.

—¡Oh!, sí, sí. Lo creo.

—Créalo usted firmemente. Yo ya sé que para usted soy un ser absurdo, un hombre que mide lo que no hay necesidad de medir y pesa lo que no hay necesidad de pesar...

—Y habla lo que no hay necesidad de hablar.

—Si ya veo que para usted soy un hombre de estilo barroco. ¡Y sin embargo! Yo tengo la ilusión de creerme de estilo ojival.

—No sé que quiere usted decir.

—¿No quiere usted tampoco oirme?

—Sí; ¿por qué no?

—Entonces, si me atiende usted un momento, le contaré mi pequeña alegoría. Hay cerca de mi pueblo un bosque antiguo y extenso y en ese bosque antiguo suelen trabajar varios carboneros.

Usted pensará, mi querida amiga, que ya sólo el comienzo es una mentira. Pero, ¿qué importa?

Entre los carboneros, el jefe de todos es Martín Baigorri. Baigorri tiene una hija que es la más linda muchacha de los contornos. Se llama Graciosa. Los vascos la llamamos Grashi.

Usted me preguntará si es morena o es rubia. Yo casi no lo se. Cuando la veo me parece tan bonita que no puedo saber cómo es. Diga usted que también esto es mentira y yo lo reconoceré. La verdad es que la que me parece tan bonita que no llego a saber cómo es, es usted.

—¡Bah!

—Martín Baigorri quiere casar a su hija y como es hombre romancesco que ha leído historias antiguas ha pensado en llamar a los pretendientes de su hija el día de su santo, convidarles a comer y en la mesa hacer la elección. ¿Usted cree que los padres no tienen nada que ver con esas elecciones? Es verdad. Pero esa es la tradición, la tradición literaria la tradición de nuestros mayores...

A la invitación de Baigorri van en número cabalístico siete pretendientes porque a otros muchos no se les ha

aceptado. El primero es Ignacio Baztán, soldado licenciado de Artillería, el segundo Miguel Garraiz el pastor de Articuza, el tercero Domingo Machín el marino de Fuenterrabía, el cuarto Antonio Iparraguirre el minero de Lesaca, el quinto Juan Tellechea (Juancho) del caserío Errotabide de Vera, el sexto Santiago Zabaleta (Ichua) el leñador de Hausa y el séptimo Pello Azcona el muchacho de un caserío de Oyárzun.

Estos siete personajes fantásticos se hubieran convertido en setecientos de verdad si hubiera usted sido la solicitada.

—¡Qué tontería!

—Es exacto como la gravitación universal. A los postres Martín Baigorri, el carbonero, ha tomado la palabra: A ver—ha dicho a los pretendientes—hablad, decid vuestros méritos.

El primero que habla es Baztán el soldado. Cuenta sus aventuras de Africa, los moros que ha matado con el machete del Maüser, las mujeres que ha salvado, los peligros que ha corrido de noche en los campos marroquíes. Grashi no se conmueve.

—¿Quizá es antimilitarista?—preguntará usted.

—No; no pregunto nada.

—No; no es antimilitarista. Es que Grashi tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El segundo que habla es Miguel Garraiz, el pastor. Garraiz cuenta su vida errante por los montes, los cuidados que tiene con las cabras y los corderos recién nacidos, las observaciones que ha hecho de noche en las estrellas. Grashi no se conmueve.

—¿Es que quizá es antideportiva?—pensará usted.

—No; no he pensado tal cosa.

—Es que Grashi tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El tercero que habla es Domingo Machín, el marino. Cuenta sus aventuras en el ancho mar de los ruídos tempestuosos, los peligros del navegar, las terribles emociones del naufragio cuando los submarinos cañonean el barco. Grashi no se conmueve. No es que sea antimarinera, no; es que tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El cuarto que habla es Antonio Iparraguirre, el minero de Lesaca. Explica sus trabajos, en las oscuridades de las galerías subterráneas, sus esfuerzos para extraer el mineral escondido en las entrañas de la tierra y sacarlo de los abismos negros a la luz del sol. Grashi no se conmueve porque tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El quinto habla Juancho, el cazador del caserío Errotabide. Cuenta sus aventuras de caza cuando en el rigor del invierno va por entre la nieve a ojear a los jabalíes y habla de sus argucias y de sus luchas cuerpo a cuerpo con estos feroces animales. Grashi no se conmueve.

—¿No es Grashi cazadora?

—No. Y es que tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El sexto habla Ichua, el leñador de Hausa. Explica su vida solitaria en el bosque, sus excursiones por la espesa selva, el silencio y el reposo de su cabaña...

—Y Grashi no se conmueve...

—Naturalmente; no se conmueve, pero es que Grashi tiene un secreto, un profundo secreto guardado en el corazón.

El séptimo tiene que hablar Pello

Azcona, el muchacho del caserío de Oyárzun, pero Azcona no sabe qué contar ni qué decir y no hace más que mirar a Grashi estasiado y confuso.

—¿Y ella?

—Ella le mira a Azcona sonriendo y le da la mano de prometida.

—¿Por qué no habla?

—Porque no habla y porque el secreto, el profundo secreto de Grashi es que está enamorada de Azcona.

. . . .

. . . .

—Así es nuestra raza vasca, mi querida amiga: seria, silenciosa y verídica, enamorada del que no habla y del que siente con fuerza...

—Sin embargo usted es un charlatán.

—Es que en esta pequeña alegoría yo soy el representante del militar, del

pastor, del marinero, del minero, del cazador y del leñador que hablan y se les rechaza.

—Es decir del orgullo, de la vanidad, de la petulancia.

—Y de la fantasía y del sueño también, mi querida amiga.

ELIZABIDE EL VAGABUNDO

¿Cer zala usté cenuben
enamoratzia?
Sillan ishiri eta
guitarra jotzia (1).

(Canto popular.)

Muchas veces, mientras trabajaba en aquel abandonado jardín, Elizabide el Vagabundo se decía al ver pasar a Maintoni, que volvía de la iglesia.

—¿Qué pensará? ¿Vivirá satisfecha?

¡La vida de Maintoni le parecía tan extraña! Porque era natural que quien como él había andado siempre a la buena de Dios rodando por el mundo, encontrara la calma y el silencio de la

(1) ¿Qué creías tú que era el enamorar? Sentarse en la silla y tocar la guitarra?

aldea deliciosos; pero ella, que no había salido nunca de aquel rincón, ¿no sentiría deseos de asistir a teatros, a fiestas, a diversiones, de vivir otra vida más espléndida, más intensa? Y como Elizabide el Vagabundo no se daba respuesta a su pregunta, seguía removiendo la tierra con su azadón filosóficamente.

—Es una mujer fuerte—pensaba después—; su alma es tan serena, tan clara, que llega a preocupar. Una preocupación científica, sólo científica, eso claro.

Y Elizabide el Vagabundo, satisfecho de la seguridad que se concedía a sí mismo de que íntimamente no tomaba parte en aquella preocupación, seguía trabajando en el jardín abandonado de su casa.

Era un tipo curioso el de Elizabide el Vagabundo. Reunía todas las cualidades y defectos del vascongado de la

costa: era audaz, irónico, perezoso, burlón. La ligereza y el olvido constituían la base de su temperamento: no daba importancia a nada, se olvidaba de todo. Había gastado casi entero su escaso capital en sus correrías por América, de periodista en un pueblo, de negociante en otro, aquí vendiendo ganado, allá comerciando en vinos. Estuvo muchas veces a punto de hacer fortuna, lo que no consiguió por indiferencia. Era de esos hombres que se dejan llevar por los acontecimientos sin protestar nunca. Su vida, él la comparaba con la marcha de uno de esos troncos que van por el río, que si nadie los recoge se pierden al fin en el mar.

Su inercia y su pereza eran más de pensamiento que de manos; su alma huía de él muchas veces: le bastaba mirar el agua corriente, contemplar una nube o una estrella para olvidar el

proyecto más importante de su vida, y cuando no lo olvidaba por esto, lo abandonaba por cualquier otra cosa, sin saber por qué muchas veces.

Ultimamente se había encontrado en una estancia del Uruguay, y como Elizabide era agradable en su trato y no muy desagradable en su aspecto, aunque tenía ya sus treinta y ocho años, el dueño de la estancia le ofreció la mano de su hija, una muchacha bastante fea que estaba en amores con un mulato. Elizabide, a quien no le parecía mal la vida salvaje de la estancia, aceptó, y ya estaba para casarse cuando sintió la nostalgia de su pueblo, del olor a heno de sus montes, del paisaje brumoso de la tierra vascongada. Como en sus planes no entraban las explicaciones bruscas, una mañana, al amanecer, advirtió a los padres de su futura que iba a ir a Montevideo a comprar el regalo de

boda; montó a caballo, luego en el tren; llegó a la capital, se embarcó en un trasatlántico, y después de saludar cariñosamente la tierra hospitalaria de América se volvió a España.

Llegó a su pueblo, un pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa; abrazó a su hermano Ignacio, que estaba allí de boticario, fué a ver a su nodriza, a quien prometió no hacer ninguna escapatoria más, y se instaló en su casa. Cuando corrió por el pueblo la voz de que no sólo no había hecho dinero en América, sino que lo había perdido, todo el mundo recordó que antes de salir de la aldea ya tenía fama de fatuo, de insustancial y de vagabundo.

El no se preocupaba absolutamente nada por estas cosas; cavaba en su huerta, y en los ratos perdidos trabajaba en construir una canoa para andar por el río, cosa que a todo el pueblo indignaba.

Elizabide el Vagabundo creía que su hermano Ignacio, la mujer y los hijos de éste le desdeñaban, y por eso no iba a visitarles mas que de cuando en cuando; pero pronto vió que su hermano y su cuñada le estimaban y le hacían reproches porque no iba a verlos. Elizabide comenzó a acudir a casa de su hermano con más frecuencia.

La casa del boticario estaba a la salida del pueblo, completamente aislada; por la parte que miraba al camino tenía un jardín rodeado de una tapia, y por encima de ella salían ramas de laurel de un verde oscuro que protegían algo la fachada del viento del Norte. Pasando el jardín estaba la botica.

La casa no tenía balcones, sino sólo ventanas, y éstas abiertas en la pared sin simetría alguna; lo que era debido a que algunas de ellas se hallaban tapiadas.

Al pasar en el tren o en el coche por las provincias del Norte, ¿no habéis visto casas solitarias que, sin saber por qué, os daban envidia? Parece que allá dentro se debe vivir bien, se adivina una existencia dulce y apacible; las ventanas con cortinas hablan de interiores casi monásticos, de grandes habitaciones amuebladas con arcas y cómodas de nogal, de inmensas camas de madera; de una existencia tranquila, sosegada, cuyas horas pasan lentas, medidas por el viejo reloj de alta caja que lanza en la noche su sonoro tic-tac.

La casa del boticario era de éstas: en el jardín se veían jacintos, heliotropos, rosales y enormes hortensias que llegaban hasta la altura de los balcones del piso bajo. Por encima de la tapia del jardín caían como en cascada un torrente de rosas blancas, sencillas, que en vascuence se llaman

choruas (locas) por lo frívolas que son y por lo pronto que se marchitan y se caen.

Cuando Elizabide el Vagabundo fué a casa de su hermano, ya con más confianza, el boticario y su mujer, seguidos de todos los chicos, le enseñaron la casa, limpia, clara y bien oliente; después fueron a ver la huerta, y aquí Elizabide el Vagabundo vió por primera vez a Maintoni, que, con la cabeza cubierta con un sombrero de paja, estaba recogiendo guisantes en la falda. Elizabide y ella se saludaron fríamente.

—Vamos hacia el río—le dijo a su hermana la mujer del boticario—. Diles a las chicas que lleven el chocolate allí.

Maintoni se fué hacia la casa, y los demás, por una especie de túnel largo formado por perales que tenían las ramas extendidas como las varillas de un

abanico, bajaron a una plazoleta que estaba junto al río, entre árboles, en donde había una mesa rústica y un banco de piedra. El sol, al penetrar entre el follaje, iluminaba el fondo del río y se veían las piedras redondas del cauce y los peces que pasaban lentamente brillando como si fueran de plata. El tiempo era de una tranquilidad admirable; el cielo azul, puro y sereno.

Antes del caer de la tarde las dos muchachas de casa del boticario vinieron con bandejas en la mano trayendo chocolate y bizcochos. Los chicos se abalanzaron sobre los bizcochos como fieras. Elizabide el Vagabundo habló de sus viajes, contó algunas aventuras y tuvo suspensos de sus labios a todos. Sólo ella, Maintoni, pareció no entusiasmarse gran cosa con aquellas narraciones.

—Mañana vendrás, tío Pablo, ¿verdad?—le decían los chicos.

—Sí, vendré.

Y Elizabide el Vagabundo se marchó a su casa y pensó en Maintoni y soñó con ella. La veía en su imaginación tal cual era: chiquitilla, esbelta, con sus ojos negros, brillantes, rodeada de sus sobrinos, que le abrazaban y besuqueaban.

Como el mayor de los hijos del boticario estudiaba el tercer año del bachillerato, Elizabide se dedicó a darle lecciones de francés, y a estas lecciones se agregó Maintoni.

Elizabide comenzaba a sentirse preocupado con la hermana de su cuñada, tan serena, tan inmutable; no se comprendía si su alma era un alma de niña sin deseos ni aspiraciones, o si era una mujer indiferente a todo lo que no se relacionase con las personas que vivían en su hogar. El vagabundo la solía mirar absorto.—¿Qué pensará?—se preguntaba. Una vez se

sintió atrevido, y la dijo: —¿Y usted no piensa casarse, Maintoni?

—¡Yo! ¡casarme!

—¿Por qué no?

—¿Quién va a cuidar de los chicos si me caso? Además, yo ya soy *nescazarra* (solterona)—contestó ella riéndose.

—¡A los veintisiete años solterona! Entonces yo, que tengo treinta y ocho, debo estar en el último grado de la decrepitud.

Maintoni a esto no dijo nada; no hizo más que sonreir.

Aquella noche Elizabide se asombró al ver lo que le preocupaba Maintoni.

—¿Qué clase de mujer es ésta?—se decía—. De orgullosa no tiene nada, de romántica tampoco, y sin embargo...

En la orilla del río, cerca de un estrecho desfiladero, brotaba una fuente que tenía un estanque profundísimo; el agua parecía allí de cristal por lo in-

móvil. Así era quizá el alma de Maintoni—se decía Elizabide—y, sin embargo... Sin embargo, a pesar de sus definiciones, la preocupación no se desvanecía; al revés, iba haciéndose mayor.

Llegó el verano; en el jardín de la casa del boticario reuníase toda la familia, Maintoni y Elizabide el Vagabundo. Nunca fué éste tan exacto como entonces, nunca tan dichoso y tan desgraciado al mismo tiempo. Al anochecer, cuando el cielo se llenaba de estrellas y la luz pálida de Júpiter brillaba en el firmamento, las conversaciones se hacían más íntimas, más familiares, coreadas por el canto de los sapos. Maintoni se mostraba más expansiva, más locuaz.

A las nueve de la noche, cuando se oía el sonar de los cascabeles de la diligencia que pasaba por el pueblo con un gran farol sobre la capota del pes-



cante, se disolvía la reunión y Elizabide se marchaba a su casa haciendo proyectos para el día de mañana, que giraban siempre alrededor de Maintoni.

A veces, desalentado, se preguntaba: —¿No es imbecil haber recorrido el mundo para venir a caer en un pueblecillo y enamorarse de una señorita de aldea? ¡Y quién se atrevía a decirle nada a aquella mujer, tan serena, tan impasible!

Fué pasando el verano, llegó la época de las fiestas, y el boticario y su familia se dispusieron a celebrar la romería de Arnazabal como todos los años.

—¿Tú también vendrás con nosotros?—le preguntó el boticario a su hermano.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—No tengo ganas.

—Bueno, bueno; pero te advierto

que te vas a quedar sólo, porque hasta las muchachas vendrán con nosotros.

—¿Y usted también?—dijo Elizabide a Maintoni.

—Sí. ¡Ya lo creo! A mí me gustan mucho las romerías.

—No hagas caso, que no es por eso—replicó el boticario—. Va a ver al médico de Arnazabal que es un muchacho joven que el año pasado le hizo el amor.

—¿Y por qué no? —exclamó Maintoni sonriendo.

Elizabide el Vagabundo palideció, enrojeció; pero no dijo nada.

La víspera de la romería el boticario le volvió a preguntar a su hermano:

—¿Conque vienes o no?

—Bueno, iré—murmuró el vagabundo.

Al día siguiente se levantaron temprano y salieron del pueblo, tomaron

la carretera, y después, siguiendo veredas, atravesando prados cubiertos de altas hierbas y de purpúreas digitales, se internaron en el monte. La mañana estaba húmeda, templada; el campo mojado por el rocío; el cielo azul muy pálido, con algunas nubecillas blancas que se deshilachaban en estrías tenues. A las diez de la mañana llegaron a Arnazabal, un pueblo en un alto, con su iglesia, su juego de pelota en la plaza, y dos o tres calles formadas por casas de piedra.

Entraron en el caserío, propiedad de la mujer del boticario, y pasaron a la cocina. Allí comenzaron los agasajos y los grandes recibimientos de la vieja, que abandonó su labor de echar ramas al fuego y de mecer la cuna de un niño; se levantó del fogón bajo, en donde estaba sentada, y saludó a todos, besando a Maintoni, a su hermana y a los chicos. Era una vieja flaca,

acartonada, con un pañuelo negro en la cabeza; tenía la nariz larga y ganchuda, la boca sin dientes, la cara llena de arrugas y el pelo blanco.

—¿Y vuestra merced es el que estaba en las Indias?—preguntó la vieja a Elizabide, encarándose con él.

—Sí; yo era el que estaba allá.

Como habían dado las diez, y a esta hora empezaba la misa mayor, no quedaba en casa más que la vieja. Todos se dirigieron a la iglesia.

Antes de comer, el boticario, ayudado de su cuñada y de los chicos, disparó desde una ventana del caserío una barbaridad de cohetes, y después bajaron todos al comedor. Había más de veinte personas en la mesa, entre ellas el médico del pueblo, que se sentó cerca de Maintoni, y tuvo para ella y para su hermana un sin fin de galanterías y de oficiosidades.

Elizabide el Vagabundo sintió una

tristeza tan grande en aquel momento, que pensó en dejar la aldea y volverse a América. Durante la comida, Maintoni le miraba mucho a Elizabide.

—Es para burlarse de mí—pensaba éste—. Ha sospechado que la quiero, y coquetea con el otro. El golfo de Méjico tendrá que ser otra vez conmigo.

Al terminar la comida eran más de las cuatro; había comenzado el baile. El médico, sin separarse de Maintoni, seguía galanteándola, y ella seguía mirando a Elizabide.

Al anochecer, cuando la fiesta estaba en su esplendor, comenzó el *aurrescu*. Los muchachos, agarrados de las manos, iban dando vuelta a la plaza, precedidos de los tamborileros; dos de los mozos se destacaron, se hablaron, parecieron vacilar, descubriéndose, con las boínas en la mano, invitaron a Maintoni para ser la primera,

la reina del baile. Ella trató de disuadirles en vascuence: miró a su cuñado, que sonreía; a su hermana, que también sonreía, y a Elizabide, que estaba fúnebre.

—Anda, no seas tonta—le dijo su hermana.

Y comenzó el baile con todas sus ceremonias y sus saludos, recuerdos de una edad primitiva y heroica. Concluído el *aurrescu*, el boticario sacó a bailar el fandango a su mujer, y el médico joven a Maintoni.

Oscureció: fueron encendiéndose hogueras en la plaza, y la gente fué pensando en la vuelta. Después de tomar chocolate en el caserío, la familia del boticario y Elizabide emprendieron el camino hacia casa.

A lo lejos, entre los montes, se oían los *irrintzis* de los que volvían de la romería, gritos como relinchos salvajes. En las espesuras brillaban los gu-

sanos de luz como estrellas azuladas, y los sapos lanzaban su nota de cristal en el silencio de la noche serena.

De vez en cuando. al b ajar alguna cuesta, al boticario se le ocurría que se agarraran todos de la mano, y bajaban la cuesta cantando:

Aita San Antoniyo Urquiyolacua.
Ascoren biyotzeco santo devotua.

A pesar de que Elizabide quería alejarse de Maintoni, con la cual estaba indignado, dió la coincidencia de que ella se encontraba junto a él. Al formar la cadena, ella le daba la mano, una mano pequeña, suave y tibia. De pronto, al boticario, que iba el primero, se le ocurría pararse y empujar para atrás, y entonces se daban encontronazos los unos contra los otros, y a veces Elizabide recibía en sus brazos a Maintoni. Ella reñía alegremente a su cuñado, y miraba al vagabundo siempre fúnebre,

—Y usted, ¿por qué está tan triste? —le preguntó Maintoni con voz maliciosa, y sus ojos negros brillaron en la noche.

—¡Yo! no sé. Esta maldad del hombre que sin querer le entristecen las alegrías de los demás.

—Pero usted no es malo—dijo Maintoni, y le miró tan profundamente con sus ojos negros, que Elizabide el Vagabundo se quedó tan turbado, que pensó que hasta las mismas estrellas notarían su turbación.

—No, no soy malo—murmuró Elizabide—; pero soy un fatuo, un hombre inútil, como dice todo el pueblo.

—¿Y eso le preocupa a usted, lo que dice la gente que no le conoce?

—Sí, temo que sea la verdad, y para un hombre que tendrá que marcharse otra vez a América, ese es un temor grave.

—¡Marcharse! ¿Se va usted a mar-

char?—murmuró Maintoni con voz triste.

—Sí.

—¿Pero por qué?

—¡Oh! A usted no se lo puedo decir.

—¿Y si lo adivinara?

—Entonces lo sentiría mucho, porque se burlaría usted de mí, que soy viejo...

—¡Oh, no!

—Que soy pobre.

—No importa.

—¡Oh, Maintoni! ¿De veras? ¿No me rechazaría usted?

—No; al revés.

—Entonces... ¿me querrás como yo te quiero?—murmuró Elizabide el Vagabundo en vascuence.

—Siempre, siempre...—Y Maintoni inclinó la cabeza sobre el pecho de Elizabide y éste la besó en su cabellera castaña.

—¡Maintoni! ¡Aquí! — le dijo su hermana, y ella se alejó de él; pero se volvió a mirarle una vez, y muchas.

Y siguieron todos andando hacia el pueblo por los caminos solitarios,

En derredor vibraba la noche llena de misterios; en el cielo palpitaban los astros.

Elizabide el Vagabundo, con el corazón anegado de sensaciones inefables, sofocado de felicidad, miraba con los ojos muy abiertos una estrella lejana, muy lejana, y le hablaba en voz baja...

MARI BELCHA

Cuando te quedas sola a la puerta del negro caserío con tu hermanillo en brazos ¿en qué piensas, Mari Belcha, al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?

Te llaman Mari Belcha, María la Negra, porque naciste el día de los Reyes, no por otra cosa; te llaman Mari Belcha, y eres blanca como los corderillos cuando salen del lavadero, y rubia como las mieses doradas del estío...

Cuando voy por delante de tu casa en mi caballo, te escondes al verme, te ocultas de mí, del médico viejo que

fué el primero en recibirte en sus brazos, en aquella mañana fría en que naciste.

¡Si supieras cómo la recuerdo! Esperábamos en la cocina, al lado de la lumbre. Tu abuela con las lágrimas en los ojos, calentaba las ropas que habías de vestir y miraba el fuego pensativa; tus tíos los de Aristondo hablaban del tiempo y de las cosechas; yo iba a ver a tu madre a cada paso, a la alcoba, una alcoba pequeña, de cuyo techo colgaban trenzadas las mazorcas de maíz, y mientras tu madre gemía y el buenazo de José Ramón, tu padre, la cuidaba, yo veía por las ventanas el monte lleno de nieve y las bandadas de tordos que cruzaban el aire.

Por fin, tras de hacernos esperar a todos, viniste al mundo, llorando desesperadamente. ¿Por qué lloran los hombres cuando nacen? ¿Será que la

nada, de donde llegan, es más dulce que la vida que se les presenta?

Como te decía, te presentaste chillando rabiosamente, y los Reyes, advertidos de tu llegada, pusieron una moneda, un duro, en la gorrita que había de cubrir tu cabeza. Quizá era el mismo que me habían dado en tu casa por asistir a tu madre...

Y ahora te escondes cuando paso, cuando paso con mi viejo caballo. ¡Ah! Pero yo también te miro ocultándome entre los árboles; ¿y sabes por qué?... Si te lo dijera, te reirías... Yo, el *medicuzarra*, que podría ser tu abuelo; sí, es verdad. Si te lo dijera, te reirías.

¡Me pareces tan hermosa! Dicen que tu cara está morena por el sol, que tu pecho no tiene relieve; quizá sea cierto, pero en cambio tus ojos tienen la serenidad de las auroras tranquilas del otoño y tus labios el color de las amapolas de los amarillos trigales.

Luego, eres buena y cariñosa. Hace unos días, el martes que hubo feria, ¿Te acuerdas?, tus padres habían bajado al pueblo y tú paseabas por la heredad con tu hermanillo en brazos.

El chico tenía mal humor, tú querías distraerle y le enseñabas las vacas, la *Gorriya* y la *Beltza* que pastaban la hierba, resoplando con alegría, corriendo pesadamente de un lado a otro, mientras azotaban las piernas con sus largas colas.

Tú le decías al condenado del chico: Mira a la *Gorriya*... a esa tonta... con esos cuernos... pregúntale tú, *maitía:* ¿por qué cierras los ojos, esos ojos tan grandes y tan tontos?... No muevas la cola.

Y la *Gorriya* se acercaba a ti y te miraba con su mirada triste de rumiante, y tendía la cabeza para que acariciaras su rizada testuz.

Luego te acercabas a la otra vaca,



y señalándola con el dedo, decías: Esta es la *Beltza*... Hum... qué negra... qué mala... A esta no la queremos. A la *Gorriya* sí.

Y el chico repitió contigo: A la *Gorriya* sí; pero luego se acordó de que tenía mal humor, y empezó a llorar.

Y yo también empecé a llorar no sé por qué. Verdad es que los viejos tenemos dentro del pecho corazón de niño.

Y para acallar a tu hermano recurriste al perrillo alborotador; a las gallinas que picoteaban en el suelo, precedidas del coquetón del gallo; a los estúpidos cerdos que corrían de un lado a otro.

Cuando el niño callaba, te quedabas pensativa. Tus ojos miraban los montes azulados de la lejanía, pero sin verlos; miraban las nubes blancas que cruzaban el cielo pálido, las hojas secas que cubrían el monte, las ramas

descarnadas de los árboles, y sin embargo, no veían nada.

Veían algo; pero era en el interior del alma, en esas regiones misteriosas, donde brotan los amores y los sueños...

Hoy, al pasar te he visto aún más preocupada.

Sentada sobre un tronco de árbol, en actitud de abandono, mascabas nerviosa una hoja de menta.

Dime, Mari Belcha, ¿en qué piensas al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?

EL CHARCUTERO

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS CHAPELAUNDIS DEL BIDASOA

Dithurbide, Juan, como decía él, apareció en Vera del Bidasoa dos años próximamente antes de comenzar la guerra. Había cumplido su servicio militar en Francia, en donde había sido cabo de cornetas de un batallón de alpinos. Después del servicio se estableció en Ascain, de cantero. A Dithurbide se le conocía en Vera. Algunos días de fiesta, con varios amigos de Urruña y de Ascain se había presentado en el pueblo por el alto de Ibardin, marchando todos al paso y armado él de una corneta, en la que tocaba aires militares.

Quiso la suerte que Dithurbide viniera a Vera a cobrar unos duros de una herencia de un labrador de la falda de Larrun, pariente suyo, y se quedó en el pueblo. Dithurbide encontró ciertos matices al vino de casa de Apeiztegui y al de la casa de Porthu, que le decidieron a abandonar, si no las aguas de la Nivelle por las del Bidasoa, al menos los vinos de un pueblo por los del otro.

Dithurbide, con los cuartos que heredó, quedó vacilante, pensando si sería mejor bebérselos o establecerse. Decidido por esto último, el excantero puso, como decía él, una *charcutería.*

Dithurbide alquiló una tiendecilla en el barrio de Alzate, enfrente de la Aduana, y allí, en el mostrador, hacía las operaciones de su misterioso oficio, cortando, picando la carne y la sangre con una maquinilla, mientras cantaba una canción de Manzelle Nitouche,

que había aprendido a un teniente en el servicio y que empezaba diciendo:

Le couvent, sejour charmant

y concluía con el estribillo, con su calderón correspondiente:

Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.

Dithurbide tenía una hermosa voz de barítono y obsequiaba a los vecinos con canciones vasco-francesas, *Charmangarria, Uso churia,* el *Montagnard,* etc., etc.

Dithurbide, más conocido por el *Charcutero,* se hizo pronto popular. El hombre iba con su cesta de un lado a otro, ofreciendo casa por casa los productos de su industria, hablando en un vascuence muy suave.

Fuera por sus condiciones vocales, o por lo que fuera, el caso es que el *Charcutero* tenía éxito entre las chicas. Una de las muchachas en quien hizo

efecto fué en la Cándida, la hija del cabo de carabineros de la Aduana. Esta muchacha era una morenita de ojos negros, viva, limpia, de un genio endemoniado. El padre de la Cándida era un granadino y la madre una riojana. A la chica la llamaban *Siete Meneos*. La Cándida no sabía el vascuence y tenía una voz de castellana, de esas voces de timbre muy claro y muy agudo. La Cándida tenía el hábito, heredado de su madre, de decir palabrotas y barbaridades, que muchas veces no entendía lo que querían decir con exactitud; así que, cuando lavaba en el riachuelo de Alzate, en Shantellerreca, los carabineros jóvenes iban a provocarla y a oirle decir disparates.

Dithurbide, Juan, comenzó a charlar con la Cándida, se casó con ella y siguió dedicándose a la *charcutería*, mientras cantaba su canción favorita y su estribillo

Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.

Al comenzar la guerra, Dithurbide dijo a la Cándida que él tendría que ir al frente; pero ella le replicó que si lo intentaba le cortaría en pedazos, como él hacía con el lomo de las salchichas.

—¡A mí me vas a dejar sola con un chico pequeño y otro en camino! ¿Serás tan canalla? ¿Para qué quieres ir a la guerra, franchute? Para emborracharte querrás tu ir allá. ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!

Dithurbide habló de la *patrie*, del *drapeau*; pero la Cándida dijo que allí no había *drapeau* que valiera, y que tenía que estar haciendo salchichas y nada más.

Dithurbide se quedó y no fué al frente.

—Estas mujeres no entienden las cosas grandes—decía.

A pesar de la vigilancia de su mu-

jer, el *Charcutero* iba con frecuencia, por las noches, a casa de Apeiztegui, y allí se le veía con sus ojos de gato brillantes de satisfacción, el gran bigote rubio mojado por el alcohol, cantando canciones vasco-francesas.

Tenía la seguridad de que al volver a casa, la Cándida le armaría un escándalo; pero él era filósofo; oía las reconvenciones como quien oye llover, y al día siguiente estaba en el mostrador picando la carne y la sangre para sus morcillas y sus salchichas, cantando:

Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.

*
* *

Hace dos años, el *Charcutero* hizo una sonada.

Allá por el mes de mayo había estado en Vera Lecochandegui, el gran

Lecochandegui, y había perorado en casa de Apeiztegui. En su peroración dijo que era indispensable estrechar los lazos que ya existen entre Vera e Irún, para lo cual los elementos de Vera debían acudir en apretado haz a las fiestas de San Marcial en Irún.

Se aceptó el proyecto, y entonces Lecochandegui añadió que guardaba para más tarde el plan de formar una sociedad secreta que se titularía «Los Chapelaundis del Bidasoa» y que contribuiría a formar una hermandad báquica con todos los pueblos de la orilla de este famoso río.

Los Chapelaundis se distinguirían del resto de los mortales por su boína grande, de estilo antiguo.

Los proyectos de Lecochandegui produjeron gran entusiasmo, y los más conspicuos asistentes a la casa de Apeiztegui: Shanchon, Shudur, Ganisch el barbero, Joshe Miguel, Ca-

pagorri, Praschoa, Martín José y con ellos Dithurbide, decidieron no abandonar la empresa.

El grupo encomendó a Capagorri la misión de que fuera a Irún y alquilara un coche grande en el que pudieran ir quince o veinte personas.

Capagorri consultó con los almacenistas de coches y llegó a un acuerdo con Manisch.

Manisch era un cochero fantasista. Sus coches se distinguía porque en los dos lados del asiento del pescante había mandado pintar una calavera y dos tibias, como en algunos postes que sostienen cables eléctricos, y debajo había escrito:

NO TOCAR.
PELIGRO DE MUERTE.

¿Es que Manisch llevaba en el pescante algún acumulador tan poderoso que podía ocasionar la muerte del que

pusiera allí la mano? No. ¿Es que guardaba alguna serpiente cascabel? Tampoco. Lo que sucedía es que a Manisch le habían robado una vez el dinero del pescante, y su indignación le había dictado aquel letrero en que amenazaba al posible ladrón con la muerte.

Se decidió que el día anterior a la fiesta Manisch fuese por la noche a Vera en su ómnibus grande, y por la mañana saldrían todos los expedicionarios para Irún. El *Charcutero* había cobrado varios metros de chorizos y de salchichas y tenía dinero fresco.

Todos los futuros Chapelaundis guardaron el secreto de la expedición, sin decir a nadie nada.

Entre Dithurbide, el barbero y Shanchon adornaron el ómnibus con ramas de boj, y el barbero, hombre culto, puso un gran cartelón, escrito por él, que decía así:

Los intelectuales de Vera a la villa de Irún

¿Qué más sugestivo ni más delicado obsequio podían hacer los Chapelaundis del Bidasoa a la capital del cantón Bidasotarra?

* * *

Muy de mañana salieron los intelectuales de sus casas y montaron en el coche con algunas cosillas de comer y un pellejo de vino.

Berécoche llevaba el acordeón, con el que fué amenizado el viaje y Dithurbide tocó varias veces en la corneta aires marciales un tanto fanfarrones.

El sol comenzaba a entrar en el barranco del Bidasoa e inundaba las casas de Biriatu mientras el coche avanzaba por la carretera.

Se llegó a Irún, se fué a comer a una taberna de la calle de Arrechipi. El menú era exquisito; pero a pesar de esto produjo discrepancias entre el barbero, que creía como en un dogma en el cochinillo asado, y uno de los Chapelaundis, que lo despreciaba.

Después de engullir los siete u ocho platos, alguien propuso subir a la ermita de San Marcial.

—¿Para qué?—dijo Lecochandegui con indignación—. ¿No estamos aquí celebrando un acto civil? (Es verdad. Es verdad.) ¿O es que sois de los educados por esos carabineros retirados que se visten por la cabeza y que se llaman escolapios? (No, no.) ¿Pues entonces? Tened valor cívico y quedaos en vuestros puestos.

Un amigo de Lecochandegui, comisionista de calzado, pidió que le permitieran recogerse porque estaba en plena inspiración e iba a hacer unos

versos en honor de sus amigos los intelectuales de Vera. Lecochandegui, como presidente, le concedió el permiso, y entonces el comisionista escribió aquella poesía admirable, digna de pasar a una antología, que comienza diciendo:

Señores: que no se considere loa
Estos versos dirigidos
a los Chapelaundis del Bidasoa.

y concluyó de esta manera elocuente y pedagógica:

Con estas fiestas fraternales
alcanzaremos más ilustración
y podremos ser rivales
de los ciudadanos de Washington.

No se sabe qué rivalidad podía existir entre Vera e Irún con la capital de los Estados Unidos, pero el pensamiento produjo un gran entusiasmo, que se reveló en un río de copas de cognac Domecq.

—¡Eh, Berécoche! A ver ese acor-

deón. Tú, *Charcutero*, canta—gritaron los comensales.

Berécoche y Dithurbide tocaron y cantaron, pero pronto se produjo el caos musical. Una parte de la mesa se dedicó a entonar esa espiritual canción dedicada al chicharro y al berdel:

Chicharrua ta berdela.

Otra parte cantaba *Andre Madalen*, y uno de pié gritaba: No, no; sin saber claramente nadie a qué se referían sus negaciones.

La proposición de cantar el *Montagnard* tranquilizó a todos y produjo la armonía de la reunión. Pasado el *Montagnard* con su scherzo, volvió la anarquía musical al aire, lleno de humo, de la taberna. Al anochecer cada Chapelaundi, con su puro, se fué a la plaza de San Juan, y se le vió al *Charcutero* bailando el fandango con una cascarota de Ciburu que tenía como

pocas el *físico del empleo;* a Berécoche ciñéndose, a los sones de un pasodoble torero, con una cerillera, como si hubiese nacido en Sevilla, y a Lecochandegui, con un gorro de papel encarnado, dando saltos como un loco.

Después de cenar marcharon los intelectuales de Vera a la Plaza Nueva, y de allí, a las doce de la noche, salieron en el corre-calles al son de los tambores. Se agarraron estrechamente a unas cascarotas y a unas chicas pescadoras de Fuenterrabía, que olían un poco demasiado a pescado, y hubo sus achuchones más o menos voluntarios, y sus exploraciones, que los técnicos del país llaman *zirris.* Lecochandegui tenía la especialidad de los gritos.

—¡Jip! ¡Jip! ¡Aufa!—chillaba con una voz aguda tan cómica que las chicas se reían como si las hicieran cosquillas.

—¡Jip!... ¡Jip!... ¡Jip!... ¡Aufa!— volvía a gritar Lecochandegui.

Pasado el corre-calles, y disuelta la multitud, se volvió a la Universidad de Polo (vulgo taberna). Lecochandegui tuvo que marchar a casa tambaleándose. No es que estuviera borracho, ni mucho menos. Hubiera discutido el caso con todas las eminencias de todas las Academias de Medicina del mundo. Así como otra vez le había mareado un plato de natillas que tenía un poco de gusto a quemado, cosa que le hacía siempre mucho daño, esta vez era la ceniza del cigarro que le había caído en la taza del café y se le había subido a la cabeza.

Eran ya las tres de la mañana, y Manisch, el cochero, esperaba el momento de partida. Dos mozos de la taberna y unos serenos estaban cogiendo a los intelectuales de Vera como si fueran sacos y colocándolos en el óm-

nibus, cuando el tabernero vino furioso a decir que le habían quitado una caja de botellas de cerveza, y que estaría en el coche. Efectivamente, estaba allí. Dos de los intelectuales habían llevado la caja con el objeto de bebérsela en el camino.

—¿Quién ha hecho eso? — gritó Manisch desde el pescante—. El que ha hecho eso ha deshonrado mi ómnibus. Yo ya no puedo ir aquí.

—Lo que debes hacer es tirar este cacharro al Bidasoa—dijo uno de la calle.

—¡Al Bidasoa! Al que me proponga eso lo mato.

Los dos intelectuales, dos mineros barranqueses que habían arramblado con las botellas dijeron que el tabernero era un salvaje, e Irún un pueblo de cafres, pues ellos pensaban pagar las botellas, pero ya que les querían condenar al suplicio de la sed, se callaban.

Arreglado este asunto, Manisch arrancó con sus caballos de tal manera que parecía que iba en busca de los obstáculos para arremeter contra ellos. Los curiosos pensaron si es que querría derribar la columna de San Juan Arri, o quizá tirar un banco, pero no tomó el camino de Behobia y bajó la cuesta al galope. Cuando se calmaron, los caballos cruzaban por delante de la isla de los Faisanes; las luces eléctricas brillaban en el camino, y sobre el río se extendía una niebla blanca y vaga. Por donde pasaba el coche de Manisch se oían unos cuantos ronquidos y el acordeón de Berécoche, cuando no las notas musicales de la corneta del *Charcutero*.

* * *

Al día siguiente, cuando Dithurbide se levantó, su mujer le armó un for-

midable escándalo. Dithurbide explicó con su suavidad habitual que los amigos le habían comprometido, pero esto no bastaba a la Cándida, que a cada instante, poniendo una mano en la cadera, mientras con la otra tenía el crío, le gritaba con su voz clara de castellana:

—¡Canalla! ¿Qué has hecho del dinero que había aquí? ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!

El, como si no oyera, mientras trituraba la carne y la sangre para hacer morcillas y salchichas, cantaba:

Le couvent, sejour chamant.

Al cabo de unos momentos, ella volvía a la carga, y con una precisión de cronómetro gritaba:

—Dí. ¡Canalla! ¿Qué has hecho del dinero que había aquí? ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!

Y el *Charcutero,* como si no oyese, mientras trituraba la carne y la sangre para sus morcillas y salchichas, cantaba con un largo calderón:

Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.

LA VENTA

Beti orrela bici baguiña
Ondo guiñaque Cataliñ (1)..

Al viajar en el tren por las provincias del Norte, habreis visto alguna casuca obscura en el cruce de una carretera solitaria, junto a algún pueblecillo negro.

Os habeis fijado en que frente a la casa está parada una diligencia, en que el portal se halla abierto e iluminado, que el zaguan ancho tiene un aspecto de tienda o de taberna.

Habeis supuesto con lógica que es la venta del pueblo aquella casa y en el fondo de vuestra alma ha nacido

(1) Si viviéramos siempre así
Marchábamos bien, Catalina.

cierta compasión por la pobre gente que vive allí, en aquel lugar desierto.

Y los de la venta han salido al camino a mirar el tren y lo han visto pasar con tristeza y lo han saludado con el pañuelo.

Parece que entre los que se quedan y los que van, los dichosos son estos, que pasan veloces, y quizá son más dichosos los que se quedan.

Esos que corren, que huyen a confundirse pronto en el torbellino de la ciudad, no conocen las ventas de nuestras provincias vascongadas, las ventas más hospitalarias, las más amables de la tierra.

Vosotros que habeis recorrido el mundo a pie, vosotros, mendigos, charlatanes, buhoneros, saltimbanquis; vosotros errantes que no teneis más patria que el suelo que pisais; vosotros humildes, sin otra hacienda que la que llevais sobre las espaldas; vos-

otros vagabundos, caminantes, que no teneis más amores que la hermosa libertad y el campo; decidme: ¿no es verdad lo que aseguro? ¿No es verdad, decidlo francamente, que las ventas de mi tierra son las más dulces, las más candorosas de este mundo, el mejor de todos los mundos?

Cierto que las hay tristes y melancólicas en campos desolados y yertos, paisajes de una pesadilla siniestra; pero la mayoría son alegres y sonrientes, y sus ventanas parece que os miran de una manera cariñosa.

Esos desdichados que cruzan corriendo en la máquina negra por el campo sin conocerlo, que huyen a confundirse en el torbellino de las ciudades grandes, no han sentido la impresión más deliciosa, la más exquisita de la vida; la de llegar a la venta, después de un largo viaje en coche. ¡Oh!

¡Exquisito! Es la única palabra propia de ese momento. Llevais unas horas de diligencia. Está lloviendo. El ambiente gris envuelve la tierra desnuda del invierno. La carretera, llena de charcos de agua amarillenta, se alarga entre la bruma a medida que la diligencia avanza por entre filas de árboles sin hojas, a orillas del río turbio por las crecidas, junto a la falda del monte, llena de aliagas y zarzas secas.

Estais amodorrados por el frío, habeis ideado una porción de posturas fantásticas para dormir un rato y no lo habeis conseguido. El monótono cascabeleo de las colleras de los caballos suena constantemente en los oídos; no hay medio de perder la conciencia de que se tiene frío y hambre y aturdimiento.

Se figura uno que el viaje no va a concluir nunca, y los montes, y los caseríos y los saltos de agua y las casucas

solitarias del cruce de las carreteras que se ven por entre los cristales empañados de la ventanilla, parece que son los que se dejaron atrás, que van siguiendo al coche en su marcha.

Se llega a un pueblo; las ruedas de la diligencia empiezan a rebotar torpemente en el empedrado desigual de la calle. ¿Habremos llegado?, se pregunta uno asomándose a la ventana; pero el mayoral no baja, echa un paquete de cartas a un hombre, entrega una cesta a una mujer, vuelve a chasquear la tralla de su látigo, y otra vez la diligencia tropieza en los guijarros del empedrado y vuelve a rodar suavemente por la carretera llena de charcos.

Tras de muchos aburrimientos, cuando ya empieza el sueño a cerrar los párpados y comienza uno a pensar seriamente si el viaje no tendrá fin, se para la diligencia y se ve que el mayoral salta desde el pescante a la carretera.

Se ha llegado; baja uno del coche, molido, encorvado, casi sin poder sostener la maleta entre los dedos.

Entra uno en la venta.

—Pase usted, por aquí... por aquí... Ya le subiremos todo esto al cuarto.

Le desembarazan a uno del abrigo y del equipaje y le preguntan si quiere calentarse en la cocina.

Entrais en ella y al principio el humo os empieza a picar en los ojos.

—Es la chimenea—dicen—que no tira bien, y como el viento está alborotado.

Pero ¿quién se ocupa de eso?

Luego la vieja que ve que hablais vascuence, os hace sitio junto al fuego, con grandes extremos de finura, y mientras os preparan la cena y os tostais los pies, la viejecita de la nariz ganchuda y del pañuelo atado a la cabeza, os cuenta alguna historia insubstancial del tiempo de su juventud en



que ella estaba de criada en casa del rector del pueblo hace más de cincuenta años, y con los recuerdos sonríe enseñando sus encías como las de los niños, desprovistas de dientes.

Mientras tanto la dueña de la casa, va de un lado a otro y el patrón juega una partida al mús con otros tres en una mesa tan alta como los bancos donde se sientan; y los cuatro, graves y serios, doblan los naipes, ya de suyo grasientos y abarquillados, y los *envido* y los *quiero* se suceden acompasadamente y se van aumentando el número de habichuelas blancas y coloradas de los dos bandos contrarios.

Junto a la lumbre el gracioso del pueblo, holgazán de oficio, poeta y cantor de iglesia, que vive casi de limosna en la venta, habla con el cazador de truchas, cazador, no pescador, como suele advertir él, porque mata las truchas a tiro de escopeta, y los dos

se enfrascan en una larga y misteriosa conversación acerca de las costumbres de los salmones y de las nutrias, de los jabalíes y de los erizos.

—Cenará su merced aquí, o en el comedor?—pregunta la dueña de la casa, comprendiendo que sois persona de importancia, lo menos viajante de comercio.

—Aquí, aquí.

Y ponen una mesita con su mantel blanco, y viene la cena que os sirve la muchacha, *Martcelina* o *Iñachi*, una chica frescachona y garrida.

Se devoran los guisos y se moja el pan en las salsas, no precisamente con la elegancia de un duque del Faubourg Saint-Germain, y se come en la misma cazuela, lo que quizá no se use en las casas aristocráticas.

Comeis de todo y bebeis un poquillo de más y mientras *Martcelina* os escancia del bondadoso aguardiente, le

decís que es muy bonita y que... y ella se ríe con una risa alegre y argentina al ver vuestros ojos brillantes y vuestra nariz colorada.

Y luego, después de la cena sube uno a dormir al piso principal, en una alcoba pequeña, ocupada casi completamente por una cama enorme de madera, con cuatro o cinco colchones y otros tantos jergones, y cuando se escala aquella torre y se estira uno entre las sábanas, que huelen a hierba, mientras se oye el ruído de la lluvia en el tejado y del viento que muge, se enternece uno y casi con lágrimas en los ojos, se cree más que nunca en que hay un buen papá allá arriba que no se ocupa de otra cosa mas que de poner camas mullidas en las ventas de los caminos y de dar cenas suculentas a los pobres viajeros.

LAS COLES
DEL CEMENTERIO

A la salida del pueblo, y colocada a la izquierda de la carretera, se veía la casa, una casa antigua, de un piso, en cuyas paredes, ennegrecidas por la humedad, se destacan majestuosamente varias letras negras, que formadan este rótulo:

DESPACHO DE BINOS DE BLASIDO

El artista que lo escribió, no contento con la elegante postura en que colocó a cada letra, había querido excederse, y sobre el dintel de la ancha puerta pintó un gallo de largas y levantadas

plumas, apoyado en sus dos patas sobre un corazón herido y atravesado por una traidora flecha; misterioso jeroglífico, cuya significación no hemos podido averiguar.

El zaguán espacioso de la casa estaba estrechado por barricas puestas a los lados, que dejaban en medio un estrecho pasadizo; venía después la tienda, que además de taberna, era chocolatería, estanco, papelería y algunas cosas más. En la parte de atrás de la casa había varias mesas bajo un emparrado, y allí se reunían los adoradores de Baco los domingos por la tarde a beber y a jugar a los bolos, y los que rendían culto a Venus a mitigar sus ardores con la refrescante zarza.

Justa, la tabernera, hubiera hecho su negocio a no tener un marido perezoso, derrochador y gandul, que además de tratarse íntimamente con todos los espíritus más o menos puros que ella

despachaba en el mostrador, tenía una virtud prolífica de caballo padre.

—*Arrayua Blasido*—le decían sus amigos—. ¡Qué! ¡Otra vez tu mujer así! No sé cómo demonios te las arreglas...

—*Año,* ¿qué quereis? — replicaba él—. ¡Las mujeres! Son como las cerdas. Y la mía... Con olerlo, ¿eh?... Con que deje los calzoncillos en el hierro de la cama, ya está *empreñada.* Hay buena tierra; buena semilla, buen tempero...

—¡Borracho! ¡Cerdo!—gritaba la mujer cuando le oía—. Más te valiera trabajar.

—¡Trabajar! *Año* trabajar. ¡Qué ocurrencias tienen estas mujeres!

Un día de enero *Blasido*, que iba borracho, se cayó al río, y aunque los amigos le sacaron a tiempo para que no se ahogara, cuando llegó a casa tuvo que acostarse temblando con los esca-

lofríos. Tenía una pulmonía doble. Mientras estuvo enfermo cantó todos los zortzicos que sabía, hasta que una mañana que estaba el tamborilero en la taberna le gritó:

—Chomin, ¿quieres traer el pito y el tamboril?

—Bueno.

Chomin trajo el pito y el tamboril, porque estimaba a *Blasido*.

—¿Qué toco?—preguntó el tamborilero.

—El *aurrescu*—dijo *Blasido*. Pero a la mitad de redoble, *Blasido* se volvió y añadió: —El final, Chomin; el final, que esto se va.

Y *Blasido* volvió la cabeza hacia la pared y se murió.

Al día siguiente, Pachi el sepulturero, cavó para su amigo una magnífica y cómoda fosa de tres pies de profundidad. Justa, la tabernera, que estaba embarazada, siguió bregando con sus

siete chiquillos y su taberna, dirigida por los consejos de los amigos del marido.

De éstos, el más adicto era Pachizarra o Pachi-infierno, como le llamaban otros. Pachi era un hombre que hubiera parecido alto a no ser tan grueso; era cuadrado visto por detrás, redondo por delante y monstruosamente tripudo de perfil; su cara, cuidadosamente afeitada, tenía un tono entre rojo y violáceo; sus ojos, pequeños y alegres, estaban circundados por rebordes carnosos; su nariz no era griega, hay que confesarlo; pero si no hubiera sido tan grande, tan ancha y tan colorada hubiese parecido hermosa; su boca no tenía dientes; pero hasta sus enemigos no podían menos de declarar que sus labios se entreabrían con sonrisas suntuosas; y que su boína, ancha como un plato, siempre encasquetada en la cabeza, era de un gusto exquisito.

Las malas lenguas, los eternos Zoilos, decían que Pachi había tenido una juventud borrascosa; quién adivinaba que sus manos ayudadas por un modesto trabuco, desvalijaron a los caminantes, allá por la Rioja, cuando se estaba construyendo la línea férrea del Norte; otros, veían en él un presidiario escapado; otros, un marinero de un barco pirata; y no faltaba quien de deducción en deducción, suponía que Pachi había pedido su plaza de sepulturero para sacar las mantecas a los niños muertos; pero todas estas suposiciones, tenemos que consignar, en honor de la verdad, no eran ciertas.

Pachi, al volver a su pueblo tras de largas expediciones por América, se encontró con que en sus tierras, en unas heredades que tenía en la falda del monte, habían hecho el cementerio. En la aldea se había dicho que Pachi había muerto. El Ayuntamiento,

viendo que reclamaba lo suyo, le quiso comprar las tierras; pero Pachi no admitió las ofertas que le hicieron y propuso ceder sus heredades a condición de que le dieran el cargo de enterrador y le dejasen hacer en un ángulo de las tapias del camposanto una casuca, para vivir con su boína y su pipa.

Se aceptaron sus proposiciones, y Pachi construyó su casita y fué a vivir a ella y a cuidar del cementerio; y ciertamente no debieron de sentir los muertos que Pachi se encargara de sus sepulturas, pues las adornaba con plantas olorosas y hermosas flores.

A pesar de estos cuidados que se tomaba el buen Pachi, la gente del pueblo le miraba como a un réprobo, todo porque algunos domingos se le olvidaba oir misa, y porque cuando oía elogiar al vicario del pueblo, decía, guiñando los ojos: —*Esaguna laguna,* que en vascuence quiere decir: te conozco,

amigo; con lo cual suponían malévolamente los del pueblo, que Pachi hacía alusión a una historia falsa, aunque tenía sus visos de verdadera, en la cual historia se aseguraba que el vicario había tenido dos o tres hijos en una aldea próxima.

Era tal el terror que inspiraba Pachi, que las madres, para asustar a los niños, les decían: «Si no callas, *maitia*, va a venir Pachi-infierno y te llevará con él.»

La aristocracia del pueblo trataba a Pachi con desprecio; y el boticario, que se las echaba de ingenioso, creía burlarse de él.

Pachi y el médico joven simpatizaban; cuando este último iba a practicar alguna autopsia, el enterrador era su ayudante; y si algún curioso se acercaba a la mesa de disección y hacía demostraciones de horror o de repugnancia, Pachi guiñaba los ojos mirando al

médico, como diciéndole: «Estos se asustan porque no están en el secreto... je... je.»

Pachi se preocupaba poco de lo que decían de él; le bastaba con ser el oráculo de la taberna de Justa; su auditorio lo formaban el peón caminero, el único liberal del pueblo; el juez suplente, que cuando no suplía a nadie fabricaba alpargatas; D. Ramón, el antiguo maestro de escuela que se llevaba la cena y una botella de vino a la taberna; el tamborilero, el empleado de la Alhóndiga y algunos más. La palabra de Pachi les atraía.

Cuando después de haber hablado de los fuegos fátuos, decía: «A nadie le puede asustar eso, es cosa *lectrica*»; todos los oyentes se miraban unos a otros para ver si sus compañeros habían vislumbrado la profundidad de aquella frase.

Pachi tenía frases; no todos los gran-

des hombres las tienen, y pronunciaba aforismos dignos de Hipócrates. Su filosofía hallábase encerrada en estas palabras: «Los hombres son como las hierbas, nacen porque sí; hay hierbas de flor encarnada y otras de flor amarilla, como hay hombres buenos y hombres malos; pero el que ha de ser borracho lo es.»

Mojaba los labios en el agua. y como asustado por su fortaleza, se bebía un gran trago de aguardiente; porque el sepulturero mandaba poner en una copita pequeña el agua, y en un vaso grande el aguardiente. Pura broma.

En la réplica, Pachi era una fuerza. Un día, un minero, joven y rico, que se las echaba de Tenorio, contaba sus conquistas.

—En el caserío Olazábal—decía—tengo un hijo, en el de Zubiaurre otro, en el de Gaztelu otro...

—Más te valía a ti también—le re-

IDILIOS Y FANTASÍAS





plicó Pachi filosóficamente — que los hijos de tu mujer fueran tuyos...

Cuando Pachi contaba sus aventuras de América, mientras calentaba con el humo de la pipa su nariz enrojecida, se acompañaban sus palabras con un coro de exclamaciones y carcajadas.

Las aventuras de Pachi en América, eran interesantísimas. Había sido jugador, comerciante, ganadero, soldado y una porción de cosas más. De soldado, había tenido que achicharrar vivos a unos cuantos indios. Pero en donde Pachi estaba verdaderamente sugestivo, era al contar sus aventuras amorosas, con negras, zambas, mulatas y amarillas. Podía decir sin exageración que su amor había recorrido toda la escala cromática de las mujeres.

* * *

Como la tabernera tenía el genio tan vivo, a los dos días de dar a luz el

octavo hijo, se levantó de la cama y traginó como si tal cosa. Pero a la noche tuvo que volver a la cama, con unas calenturas que resultaron ser fiebres puerperales, que la llevaron al cementerio. La tabernera estaba muy atrasada en las cuentas; se vendió la taberna, y los ocho chiquillos quedaron en la calle.

—Hay que *hacel* algo por *ezoz niñoz*—dijo el alcalde, que para que no se le notara la pronunciación vascongada, hablaba casi en andaluz.

—Por esos niños hay que hacer algo—murmuró el vicario con voz suavísima, elevando los ojos al cielo.

—Nana, nada. Hay que hacer algo por esos niños—dijo resueltamente el farmacéutico.

—La infancia... La caridad—añadió el secretario del Ayuntamiento.

Y pasaron los días y pasaron las semanas; la chica mayor había ido a ser-

vir a casa del cartero, en donde estaba satisfecha, y al niño de pecho lo tenía criando de mala gana la mujer del herrador.

Los otros seis: Chomin, Shanti, Martiñacho, Joshe, Mari y Gaspar, corrían descalzos por la carretera pidiendo limosna.

Un día, por la mañana, el enterrador vino al pueblo con un carrito, subió en él a los seis chiquitines, tomó al niño de pechos en sus brazos, para quien compró al pasar por la botica un biberón, y se los llevó a todos a su casita del cementerio.

—*¡Farzante!*—dijo el alcalde.

—¡Imbécil! — murmuró el farmacéutico.

El vicario volvió púdicamente los ojos al cielo, apartándolos de tanta miseria.

—Los abandonará—pronosticó el secretario.

Pachi no los ha abandonado y va sacándolos adelante, y como tiene muchas bocas que llenar, ha dejado su aguardiente; pero está llenando de hortalizas el camposanto de un modo lamentable. Y como ahora hay mercado en el pueblo, Pachi encarga a un amigo suyo, que tiene el caserío cerca del camposanto, la venta de sus coles y de sus alcachofas en la plaza.

Las coles del amigo de Pachi, que son las del cementerio, tienen fama de sabrosas y de muy buen gusto en el mercado del pueblo. Lo que no saben los que las compran es que están alimentándose tranquilamente con la substancia de sus abuelos.

ERRANTES

LES sorprendió la noche e hicieron alto en el fondo de un desfiladero constituído por dos montes cortados a pico, cuyas cabezas se aproximaban allá arriba como para besarse, dejando solo a la vista una faja de cielo alargada y llena de estrellas.

A los pies de aquellas dos altísimas paredes de piedra, serpenteaba la carretera, siguiendo las vueltas caprichosas del río que, ensanchado por el dique de una presa cercana, era allí caudaloso, profundo y sin corriente.

En la noche oscura, la superficie negra y lisa del río, limitada en las

orillas por altos árboles, parecía la boca de alguna inmensa sima subterránea, la entrada de un abismo enorme y sin fondo, y allá en el interior negro, muy negro, se reflejaban los altos chopos de las orillas y la claridad del cielo, que dejaban pasar los montes.

Embutida en una grieta angosta de la montaña, cerca de un terraplén por donde continuamente rodaban piedras, había una borda y la familia se detuvo en ella.

Era una de esas casucas que en las provincias del Norte se ven en las carreteras para descanso de los caminantes. Allí solían albergarse gitanos, caldereros, mendigos, buhoneros y toda esa gente sin trabajo que recorre los caminos.

La familia la constituía una mujer, un hombre y un muchacho. La mujer, que iba montada en un viejo caballo,

bajó de él, entró en la borda y se sentó en el banco de piedra a dar de mamar a un niño que llevaba en los brazos.

El hombre y el muchacho quitaron la carga al rocín, lo ataron a un árbol, recogieron algunas brazadas de leña, las llevaron a la caseta y allí en el suelo encendieron lumbre.

La noche estaba fría; en aquel desfiladero, formado por los dos montes cortados a pico, soplaba el viento con fuerza, llevando finísimos copos de nieve y gotas de lluvia.

Mientras la mujer daba de mamar al niño, el hombre, solícitamente, le quitó el mantón, empapado en agua, de los hombros y lo puso a secar al fuego; después afiló dos estacas, las clavó en la tierra y colgó sobre ellas el mantón, que así impedía el paso a las corrientes de aire.

El fuego se había acrecentado, las

llamas iluminaban el interior de la borda, en cuyas paredes blanqueadas se veían toscos dibujos y letreros, trazados y escritos con carbón por otros vagabundos.

El hombre era pequeño y flaco, sin bigote ni barba; toda su vida parecía reconcentrada en sus ojos chiquitos, negros y vivarachos.

La mujer hubiera parecido bella sin el aire de cansancio que tenía. Miraba resignada a su hombre, a aquel hombre, mitad saltimbanqui, mitad charlatán, a quien amaba sin comprenderle.

El muchacho tenía las facciones y la vivacidad de su padre; ambos hablaban rápidamente, en una jerga extraña, y leían y celebraban los letreros escritos en las paredes.

Se pusieron a comer los tres sardinas y pan. Luego el hombre sacó una capa raída de un envoltorio, y arropó

con ella a su mujer. El padre y el hijo se tendieron en el suelo: al poco rato los dos dormían. El niño comenzó a llorar; la madre se puso a mecerlo en sus brazos con voz quejumbrosa.

Minutos después, en el nido improvisado, dormían todos, tranquilos, casi felices en su vida nómada y libre.

Afuera el viento murmuraba, gemía y silbaba, con rabia en el barranco.

El río se contaba a sí mismo sus quejas con tristes murmullos, y la presa del molino, con sus aguas espumosas, ejecutaba extrañas y majestuosas sinfonías...

Al día siguiente por la mañana, la mujer con el niño, montada a caballo, el padre y el muchacho comenzaron nuevamente su marcha y se fueron alejando, alejando, los errantes hasta que se perdieron de vista en la revuelta de la carretera.

NOCHE DE MÉDICO

No sé por qué conservo tan grabado el recuerdo de aquella noche. El médico de un pueblo vecino me avisó para que fuera a ayudarle en una operación. Recibí su recado por la tarde, una tarde de otoño triste y oscura.

Las nubes bajas, se disolvían lentamente en una contínua lluvia que dejaba lágrimas cristalinas en las ramas deshojadas de los árboles.

Las casas de la aldea, con las paredes ennegrecidas, parecían agrandarse en la niebla. Cuando las ráfagas impetuosas de viento barrían el agua de

la atmósfera, se veía, como al descorrerse un telón, las casas agrupadas del pueblo, por cuyas chimeneas escapaba con lentitud el humo de los hogares, a perderse en el ambiente gris que lo envolvía todo.

Precedido por el labriego que había venido a buscarme, comenzamos a internarnos en el monte. Yo montaba en un viejo caballo que iba tropezando a cada momento. El camino se dividía en unos sitios en estrechísimas sendas, terminaba a veces en prados cubiertos de hierba amarillenta, esmaltada por las campanillas purpúreas de las digitales y subía y bajaba los senderos al cruzar una serie de colinas que como enormes olas se presentaban bajo un monte, olas que fueron quizá cuando la Tierra más joven era una masa fluida originada de una nebulosa.

Oscureció y seguimos marchando. Mi guía encendió un farol.



A veces rompía el augusto silencio alguna canción del país, cantada por un labriego que segaba hierba para sus vacas. El camino bordeaba las heredades de los caseríos. El pueblo estaba cerca. Se le veía a lo lejos sobre una loma, y señal de su vida eran dos o tres puntos luminosos que brillaban en su montón sombrío de casas. Llegamos al pueblo y seguimos adelante: la casa se hallaba más lejos, en un recodo del sendero. Estaba oculta entre viejas encinas, robles corpulentos y hayas de monstruosos brazos y de plateada corteza. Parecía mirar de soslayo hacia el camino y esconderse para ocultar su miseria...

Entré en la cocina del caserío, una vieja mecía en la cuna a un niño.

—El otro médico está arriba—me dijo.

Subí por una escalera al piso alto. De un cuarto cuya puerta daba al

granero, escapaban lamentos roncos, desesperados y un *¡ay, ené!* regular, que variaba de intensidad pero que se repetía siempre.

Llamé, y el médico, mi compañero, me abrió la puerta. Del techo del cuarto colgaban trenzas de mazorcas de maíz; en las paredes, blancas por la cal se veían dos cromos, uno de un Cristo y el otro de la Virgen. Un hombre, sentado sobre un arca, lloraba en silencio; en el lecho, la mujer con la cara lívida, sin fuerzas mas que para gemir, se abrazaba a su madre... Entraba libremente el viento en el cuarto por los intersticios de la ventana, y en el silencio de la noche resonaban potentes los mugidos de los bueyes.

Mi compañero me explicó el caso y allá, en un rincón, hablamos los dos grave y sinceramente, confesando nuestra ignorancia, pensando únicamente en salvar a la enferma.

Hicimos nuestros preparativos. Se colocó en la cama a la mujer... Su madre huyó llena de terror...

Templé los forceps en agua caliente, y los fuí pasando a mi compañero, que colocó fácilmente una hoja del instrumento, después con más dificultad la otra; luego cerró el aparato. Entonces hubo ayes, gritos de dolor, protestas de rabia, rechinamiento de dientes... Después mi compañero, tembloroso, con la frente llena de sudor, hizo un esfuerzo nervioso, hubo una pausa, seguido de nn grito estridente, desgarrador...

Había terminado el martirio; pero la mujer era ya madre, y olvidando sus dolores, me preguntó tristemente:

—¿Muerto?

—No, no—le dije yo.

Aquella masa de carne que sostenía en mis manos vivía, respiraba. Poco

después el niño gritaba con un chillido agudo.

—*¡Ay enê!*—murmuró la madre envolviendo con la misma frase que le servía para expresar sus dolores, todas sus felicidades...

Tras de un largo rato de espera, los médicos salimos de la casa. Había cesado de llover; la noche estaba húmeda y templada; por entre girones de las negras nubes aparecía la luna iluminando un monte cercano con sus pálidos rayos. Caminaban por el cielo negros nubarrones y el viento, al azotar los árboles, murmuraba, como el mar oído desde lejos.

Mi campañero y yo hablamos de la vida del pueblo; de Madrid que se nos aparecía como un foco de luz, de nuestras tristezas y de nuestras alegrías.

Al llegar al recodo del camino nos despedimos.

—¡Adiós!—me dijo él.

—¡Adiós!—le dije yo, y nos estrechamos la mano con la efusión de dos amigos antiguos, y nos separamos.

BONDAD OCULTA

El monte estaba lleno de altas escombreras negruzcas, agujereado en todas partes por bocas de galerías obstruídas y cortado en muchos sitios por profundas trincheras. Los mineros talaron el monte; las aguas, cargadas de mineral de plomo, destruyeron toda vegetación, y de aquellos lugares, antes frondosos; poblados de encinas y de robles, no quedaban mas que eriales llenos de pedruscos; un paisaje de una amarga y desoladora tristeza.

Ni un helecho, ni una humilde aliaga crecía entre los escombros; en vez de árboles salían del suelo los sopor-

tes de los cables, rígidos y severos, con sus brazos de espectro.

En la cumbre del monte había una ancha meseta, lisa como la palma de la mano, y en ella se asentaba la Casa de la Mina, una antigua casa fuerte, de piedra sillería, con aspilleras y ventanas enrejadas, que la daban un aspecto de cárcel.

Frente a la Casa de la Mina se veían las de los obreros, hechas de adobe; viviendas de aspecto sórdido y miserable, de piso bajo sólo, en las cuales parecía haberse economizado hasta el aire al construirlas; tan pequeños eran los agujeros de sus ventanas.

En la Casa de la Mina vivía el representante de la Sociedad minera «La Previsión»; todo un caballero de industria, del cual nadie conocía su pasado; hombre viejo, presuntuoso, con el bigote y el pelo teñidos, tipo clavado de rufián. Su gran vanidad era

creerse un seductor terrible, y para adquirir y sostener esa reputación, llevaba a vivir en su compañía alguna moza del partido, recogida en cualquier rincón de la ciudad, a la cual, con su fantasía andaluza, transformaba en una niña de alta posición, enamorada perdidamente de él, hasta el extremo de seguirle, abandonando su familia.

Aquel hombre vanidoso era, a pesar de sus fatuidades, de una dureza de roca; sabía hacer trabajar de firme al rebaño de obreros que estaban bajo sus órdenes; sabía extraer de sus fibras musculares, aún no atrofiadas por los vapores del plomo, energías para arrancar y triturar el mineral.

Presenciaba los dos relevos, a las seis de la mañana y a la misma hora de la tarde, por si alguien faltaba al trabajo. Se daba la señal con un toque de bocina e iban saliendo de las gale-

rías hombres lívidos, macilentos; algunos temblorosos; todos con las espaldas torcidas y las cabezas bajas. Subían en grupos, por un antiguo plano inclinado, a la meseta del monte, y entraban en sus casuchas a comer y a descansar; poco después salían otros grupos de obreros para desaparecer en el fondo de las minas.

Los muchachos trabajaban llevando el mineral, en cestos, sobre la cabeza; las mujeres se pasaban el día trayendo haces de leña de un monte lejano; los chiquillos, sucios, haraposos, medio desnudos, jugaban bulliciosamente a la puerta de sus casas. Y en medio de aquel ambiente de miserias, ella, la señorita Julia, la buscona de la capital, convertida en señora por el capricho de un bombre, paseaba con languidez, acompañada de su criada, por delante de la Casa de la Mina, luciendo sus trajes vaporosos, saludando desdeño-

samente a los mineros, como una reina a sus vasallos.

No los miraba, no quería conocerlos siquiera. Bastante la habían pisoteado a ella los hombres; ahora le tocaba a ella pisotearlos.

Julia tenía mala fama entre la gente.

—Hay perdidas—decía su criada—que tienen buenas entrañas; pero esta... esta es la mujer más perra que hay en el mundo.

Y todos decían lo mismo; era una mala hembra, una mujer sin corazón...

Durante la primavera de aquel año se presentaron en el pueblo próximo algunos casos de viruela; un barrenero llevó la enfermedad a su casa y la infección se extendió rápidamente, sobre todo en los niños, que casi todos cayeron enfermos. Ya no se veía aquel enjambre de chiquillos sucios y haraposos, jugando a las puertas de las casas.

Julia se enteró de lo que sucedía, porque una comisión de obreros fué a visitarle, pidiéndole que escribiese al representante, que estaba fuera, para ver si les podía adelantar una quincena de jornales y hacer frente con aquel dinero a los gastos ocasionados por la epidemia. Ella se negó en redondo. No la engañaban a la hija de su madre con aquellos pretextos. ¡Valientes granujas! Siempre querrían los cuartos para emborracharse. Tanto les daba a ellos por sus hijos como si fueran perros.

En un día murieron dos niños; a la mañana siguiente el médico del pueblo inmediato se presentó sin que nadie le avisara. Julia lo vió venir desde la ventana; montaba un caballejo tordo; era un hombre pequeño, moreno, de barba negra cerrada, de movimientos muy vivos. Ató el caballo en una de las rejas de la Casa de la Mina y fué

corriendo a visitar a los enfermos. Julia, por curiosidad, descendió al piso bajo, abrió la ventana y se puso tras de la reja, sin que pudiera ser vista. Al cabo de media hora oyó la voz del médico, enérgica y dura, y la del capataz, que le respondía tras de largos intervalos.

—Aquello era un abandono incalificable—decía el médico—, alla iban a morirse los niños como chinches. Estaban en malísimas condiciones, revolcándose en porquería, dos y tres en una misma cama...

El capataz contestaba por lo bajo diciendo que el representante estaba fuera; se había escrito a la Sociedad y ésta no hacía caso.

—¿Pero no hay aquí nadie a quien se pueda acudir—replicaba el médico—; no vive en esta casa la mujer o la querida de ese hombre?

—Sí—decía el capataz—; pero es

una mala hembra de la que no se puede esperar nada.

Julia no quiso oir más; se marchó a su habitación, enfurecida, rabiosa; fraguó mil proyectos para despedir al capataz; descargó su furia contra los muebles y luego empezó a llorar desconsolada, y así pasó todo el día llorando con amargura, preocupada por la opinión que iba a tener de ella aquel médico desconocido.

A la mañana siguiente, vestida con uno de sus trajes menos llamativos, empezó Julia a visitar las viviendas de los obreros. Las mujeres, asombradas de verla, le hacían pasar a cuartos estrechos, sin luz, sin ventilación; llenos de un aire caliente, cargado de olores nauseabundos de miseria, entre los cuales se destacaba un olor punzante de pan tostado que exhalaban los cuerpos de los variolosos. Allá en los sucios camastros se veían los niños



enfermos mezclados con los convalecientes y los sanos; los padres acostados, sin desnudarse, en el suelo, roncaban con la boca abierta, con un bestial ronquido.

En una casa, una chiquilla rubia, muy mona, con la cara llena de costras, tendió sus bracitos delgados al ver a Julia; ella la tomó en sus brazos, la meció en su falda y en la frente rojiza, llena de pústulas, depositó un beso sin miedo a contagiarse, beso místico que repercutió en su corazón, como aquellos que transformaban en santos a los pecadores.

Y al terminar su visita encontró su espíritu lleno de piedad para todo y para todos. Pensó en recoger y cuidar a los niños en la Casa de la Mina, y así lo hizo, y durante semanas enteras los cuidó, los limpió; pasó por ellos las noches en claro, sacrificada en ansia inagotable de hacer el bien, en un

inmenso anhelo de maternidad por todos los que sufrían y temblaban por el dolor.

Cuando llegó el amo, hubo entre los dos un terrible altercado; el hombre, en el colmo de la indignación, mandó que inmediatamente echaran a todos aquellos chiquillos fuera de casa; ella se opuso con una enérgica mansedumbre; él levantó la mano y algo vió en aquellos ojos negros, algo extraño que le hizo contenerse. No dijo nada; no volvió a hablar del asunto, y los niños siguieron en la Casa de la Mina hasta su completa curación.

Julia siguió visitando a los obreros; cada miseria que veía trataba de remediarla; obligó a su hombre a subir los jornales, a abaratar los géneros que se vendían, malos y caros, en el almacén.

—Pero hija—decía él—, la Compañía se va a disgustar si hago esto.

—¿No es lo justo?—replicaba ella.

Y él cedía; cedía ante las palabras apasionadas de la muchacha a pesar de comprender claramente los peligros a que en su situación se iba exponiendo.

Así pasaron meses enteros, llevados por un afán de mejorar la vida de los trabajadores; a él ya no se le importaba manifestar su vejez; dejó de teñirse, y su cabello blanco daba cierta serenidad y placidez a su cara.

Pronto los obreros comenzaron a abusar; el representante no tenía energía para contener sus desmanes; se susurraba que la Sociedad estaba muy descontenta de su gestión, y él, que había perdido su instinto de hombre práctico en aquella corriente de piedad que le arrastraba, seguía su obra, viendo cada vez más próxima su caida.

Una tarde al anochecer, sin previo aviso, a consecuencia de una medida absurda por su generosidad, tomada

por el representante, el director de la Compañía le comunicó que habiendo encontrado otra persona para aquel cargo, cesara en su destino y desalojase la casa.

No le asombró aquello, ni a Julia tampoco. Los dos al anochecer abandonaron la Casa de la Mina; agarrados de la mano bajaron el monte hasta la carretera, quizá confiando en la Providencia, y la perdida y el viejo aventurero, regenerados ambos por la piedad, siguieron andando en busca de lo desconocido, ante el campo oscuro, silencioso y triste, bajo el cielo negro y tachonado de estrellas.

ANGELUS

ERAN trece los hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer; la del patrón.

Los trece, hombres de la costa, tenían el sello característico de la raza vasca; cabeza ancha, perfil aguileño, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico les conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera, larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba *Arantza* que en vascuence significa espina. Tenía un

palo corto, plantado junto a la proa con una vela pequeña...

La tarde era de otoño, el viento flojo, las olas redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa y la trainera se deslizaba suavemente dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca con las redes preparadas, a reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonosas y plomizas. Por entre sus jirones, trozos de un azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba temblando sobre el mar.

Los trece hombres, serios e impasibles, hablaban poco; la mujer, vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón, grave y



triste, con la boína calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, miraba impasible al mar. Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlatas y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas...

La trainera se encontraba frente a Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar y luego las campanadas del *Angelus* se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y su-

blimes. El patrón se quitó la boína y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondeadas olas.

Cuando empezó a hacerse de noche, el vinento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar.



LA DAMA DE URTUBI

I

PRÓLOGO

HACE ya muchos años—me dijo el médico de Yanci—, por las fiestas de Urruña, fuí a visitar a los Dasconaguerre, unos amigos que tengo en este pueblecito vasco-francés.

Me invitaron, como de costumbre, a comer. La comida fué larga, abundante, buena para estómagos de triple fondo. Se comió, se bebió y se cantó de lo lindo. Tenía a mi lado en la mesa a un cura jovencito, que me propuso, para disipar los vapores de la

digestión, dar un paseo hacia San Juan de Luz.

Acepté, salimos de casa y fuimos andando por la carretera.

El cura me pareció hombre simpático, amable, jovial, tolerante; era organista de Sara, y se llamaba Duhalde d'Harismendy. Más que por un cura de pueblo se le hubiera tomado por un abate de gran ciudad, heredero de aquellos abates cultos y galantes del siglo XVIII.

Duhalde d'Harismendy me estuvo hablando de sus trabajos históricos, de las dificultades que encontraba para llevarlos a cabo y de las disquisiciones antropológicas acerca de los vascos, que le interesaban y le confundían.

Al avanzar por la carretera de Urruña a San Juan de Luz y pasar por delante del castillo de Urtubi, Duhalde d'Harismendy me dijo:

—Ahí tiene usted uno de los pocos castillos que tenemos en nuestra tierra de Labourd. Este castillo y el de Saint Pée son los únicos que quedan en el país.

—Pero esto parece moderno—advertí yo.

—Sí, es un castillo derruído y reedificado varias veces; pero de fundación antigua. En el año 1170 aparece ya en nuestras crónicas un castillo de Urtubi; en el siglo XIV se habla en el catálogo de Thomas Carte de una torre almenada y fortificada de los Urtubis. Esta torre y sus dependencias fueron quemadas a mediados del siglo XVI por los españoles que entraron en Francia a las órdenes de Sancho de Leiva. De la antigua construcción sólo queda esta muralla del Norte cubierta de hiedra.

—¿Y estos Urtubis eran señores feudales?—pregunté al abate.

—No; los vascos no hemos aceptado el feudalismo jamás. Eran gentes de influencia por sus relaciones y por sus parentescos. Los Urtubis tenían acción en España y ejercían el mando hereditario de un torreón levantado a orillas del Bidasoa, del cual ya no quedan vestigios.

Estuvimos contemplando el abate y yo el castillo y el magnífico parque próximo.

—Si quiere usted, entraremos—me dijo él—; conozco el actual propietario.

—No, gracias. Se me puede hacer tarde, y quiero volver al pueblo para la noche.

—¿Vuelve usted ahora?

—Sí.

—¿Por Vera o por Echalar?

—Voy por Vera.

—Iremos juntos hasta el crucero.

Volvimos los dos a Urruña, nos des-



pedimos de nuestro anfitrión Dasconaguerre y, a caballo, emprendimos el camino de retorno.

Hablamos el abate de Sara y yo de una porción de cosas, y, entre ellas, de la fama de brujería que goza una parte de Navarra, sobre todo los alrededores de Zugarramurdi.

—Sí, en toda esta comarca ha habido brujas—me dijo Duhalde d'Harismendy—, y lo más curioso es que muchos centros de brujería estaban en las iglesias. La iglesia de Urdax, la de San Juan de Luz, la capilla del Espíritu Santo, del monte Larrun, y otros establecimientos religiosos, eran focos de brujería.

—¿Y qué era esta brujería?—pregunté yo.

—Pues no lo sé. He leído varios procesos, entre ellos el de Logroño, que trae Llorente en *La Historia crítica de la Inquisición,* y el de San

Juan de Luz, que esta contado con detalles en el libro de Pierre de Lancre, titulado *Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*, y no he podido formar una idea clara del asunto. Había, indudablemente, en esta brujería reminiscencias de cultos antiguos, mezcladas con prácticas de sortilegios traídos del Bearn. Lo que hace más confusos los procesos es, sin duda, que los jueces españoles y franceses no sabían vascuence, ni los procesados francés ni español.

—Entonces es muy difícil que se entendieran.

—¡Figúrese usted unos jueces severos y supersticiosos capaces de dar crédito a los mayores disparates, y unos procesados llenos de susto y sobresalto, dispuestos a afirmar cualquier cosa si los perdonaban!

—Sí, se explica que el asunto quedara enmarañado.

—Por cierto, tengo una pequeña historia de brujería, en que aparece una señorita de Urtubi, de ese castillo que hemos visto en nuestro paseo.

—¿Antigua?

—No muy antigua. Esta escrita por un militar retirado, un tal Dornaldeguy; que vivió en Sara y fué soldado con Latour d'Auvergne, en tiempo de la Revolución. Usted sabrá que Latour d'Auvergne, además de ser el primer granadero de la República francesa, fué un iniciador de los estudios regionales. Pues bien; Dornaldeguy se contó entre sus discípulos. A juzgar por una nota, Dornaldeguy pensaba poner su relato en vascuence y enviárselo al exministro Garat, cuando éste vivía retirado en su finca de Ustaritz. Si le interesa a usted la historia, alguna vez que vaya usted por Sara recuérdemelo, y se la daré para leer.

Llegamos el abate y yo a la bifur-

cación del camino, y él torció a la izquierda, siguiendo la carretera, y yo me dirigí a remontar el alto de Ibardin.

Dos años después, en tiempo de las fiestas del pueblo, por la Natividad, iba yo a Sara montado a caballo.

No había entrado nunca en Francia por esta parte. Pregunté aquí y allá y fuí siguiendo el curso de un arroyo por una angosta cañada.

Al salir a Francia me dió la impresión de que había recorrido un largo camino, no hacia el Norte, sino hacia el Mediodía.

Era para mi una gran sorpresa, marchando de los valles estrechos y fríos de la montaña de Navarra, al salir a Sara, ver el campo llano, el cielo claro, las viñas en los oteros y los arroyos secos y pedregosos.

Al llegar al pueblo entré en una fonda muy arreglada, y, después de

comer pregunté por el abate Duhalde d'Harismendy.

Todo el mundo le conocía y todo el mundo hablaba de él sonriendo.

Me dijeron que estaría en la casa parroquial, y me indicaron ésta. Se hallaba al lado de la iglesia y cerca del camposanto, en medio del pueblo.

Subí al presbiterio.

Duhalde d'Harismendy estaba en un gran salón tocando el armonium y cantando a coro con diez o doce chiquillos.

—Ya sé a qué viene usted—me dijo al verme—: por la historia del capitán Dornaldeguy.

—Sí.

—Pues se la voy a traer. Si quiere usted, puede llevársela. Me la devuelve cuando le parezca. Y perdone usted que no le pueda atender. Ha venido usted el día en que estoy más atareado de todo el año.

El abate registró un armario de su biblioteca, mientras yo miraba desde el balcón el cementerio del pueblo con sus cruces, sus lápidas y sus piedras redondas e irradiadas, símbolos del sol que los vascos ponen en las tumbas. Duhalde sacó un cuaderno de papel de hilo y me lo dió.

—No tengo prisa. Puede usted tenerlo el tiempo que quiera—dijo.

—Bueno—advertí yo—, no le molesto más. Siga usted con su coro.

—Perdone usted—replicó él sonriendo—. Tenemos de huésped al maestro de capilla de la catedral de Bayona, y queremos lucirnos un poco.

Me despedí del abate, salí a la plaza y estuve un momento mirando el cementerio y oyendo el rumor de la música y el canto de los discípulos del abate Duhalde.

Al anochecer, cuando comenzaba el

baile, en compañía de una pareja campesina, salí de Sara.

Unos días después leía y copiaba en mi casa la historia escrita por el capitán Dornaldeguy, que es ésta que viene a continuación.

II

LOS SEÑORES DE URTUBI

Aunque varias veces demolido y reconstruído otras tantas, el castillo de Urtubi, que se encuentra entre Urruña y San Juan de Luz, es uno de los más viejos del país labortano. Su posición en la misma frontera hizo que en el período de guerras entre españoles y franceses los españoles lo atacaran con gran frecuencia.

En el tiempo que nos ocupa—principio del siglo XVII—, Urtubi acababa de ser edificado de nuevo y adornado

y robustecido por la parte de la entrada que da a la carretera con dos gruesas torras de mampostería terminadas en cónicos tejados.

Urtubi era entonces una finca agradable y amena; su magnífico parque, sus bellísimas fuentes, sus variados alrededores, unidos a su situación, le hacían un lugar de esparcimiento y de recreo. Los barones del castillo tenían a poca distancia el monte y la orilla del mar, podían navegar en barca por la Nivelle y alejándose un poco, pasear por el lago de Mouriscot.

La familia de Urtubi era muy antigua en la comarca; entre sus primeros jefes, el título había pasado por nombre; luego, por extinción de la línea directa, cambiaron varias veces de apellido. En los siglos XV y XVI, los barones de Urtubi se llamaban Alzate, y tenían parentesco con los Alzates de Vera de Navarra y de San Juan de Pie

de Puerto. El dueño del castillo en 1608, Tristán de Urtubi, contaba por entonces cincuenta a sesenta años, y vivía en compañía de su sobrina Leonor de Alzate Urtubi: era viudo, no tenia hijos de su mujer; pero toda la comarca sabía que los tenía naturales, y que uno de ellos, mosquetero del rey, le daba grandes disgustos. Tristán de Urtubi se mostraba abierto, expansivo y benévolo, su educación y sus lecturas le daban un carácter de transigencia y de comprensión; Urtubi, educado en la corte de Navarra, entre hugonotes, incrédulos y paganizantes, había sido soldado, había conocido al Bearnés, cuando éste era mozo, y fué luego uno de sus amigos y de sus compañeros en la guerra.

En su juventud, Urtubi se manifestó alegre, animado y decidido. La corte de Navarra, en donde se mezclaban las intrigas políticas y de amor con los

juegos violentos y las discusiones filosóficas, fué el medio donde se desarrolló.

Al triunfar Enrique IV y sentarse en el trono de Francia, Urtubi se trasladó a París. Pronto se cansó del Louvre y de la vida cortesana. Se hallaba desilusionado, entristecido por la muerte de su mujer y enfermo de gota, y decidió retirarse a su castillo.

El barón Tristán llevó a vivir en su compañía a su sobrina Leonor, que era entonces una niña; le puso dos ayas, nombró una criada con atribuciones de ama de llaves para la dirección de la casa, y él se dedicó a pasear y a pedir a Bayona los libros que había oído eran interesantes y dignos de ser leídos por un hombre ilustrado.

Urtubi no sabía apenas el latín, y tuvo que prescindir de lo escrito en este idioma; en cambio, conocía medianamente el italiano y el español.

Poco a poco fueron llegando a su casa, magníficamente impresas en París, en Amberes y en Amsterdam, las obras de Montaigne, de Rabelais, de Clemente Marot; las traducciones de Plutarco, hechas por Amyot, y lo mejor de la literatura italiana y española: Ariosto, Maquiavelo, El Tasso, Hurtado de Mendoza, Lope de Vega y Cervantes.

Urtubi, al principio, tuvo que hacer un esfuerzo grande de atención para leer con asiduidad; pero llegó a encontrar sabor a la lectura. El *Quijote* le apasionó y lo discutió con sus amigos. Rabelais lo leía a trozos y celebraba a carcajadas la risa cínica y brutal del padre de Gargantúa y de Pantagruel. Leía también el barón con frecuencia los cuentos alegres de Buenaventura des Periers, secretario e imitador en literatura de la Reina de Navarra, cuentos que, si no tenían un gran mérito, eran para Urtubi intere-

santísimos porque conocía las intrigas y los personajes que habían servido de modelo para escribirlos.

Urtubi, engolfado en la erudición, lamentó la esterilidad de su vida pasada. Experimentaba un gran sentimiento al pensar que hacía años había hablado con Miguel de Montaigne, entonces alcalde de Burdeos, como con un señor cualquiera, sin rendirle homenaje ni pedirle consejos. Proponiéndose entrar en relaciones con personas cultas, escribió a su antiguo amigo el hugonote Agrippa d'Aubigné, quien le contestó alentándole a persistir en el trabajo y en el estudio. El barón siguió cultivando la amistad y la correspondencia con Agrippa, aunque los consejos austeros del hugonote a veces le hacían sonreir.

—Nuestros defectos y nuestras debilidades están dentro de la naturaleza humana—decía sonriendo.

En esta época, Urtubi tenía ya aire de viejo, la cara arrugada y el pelo y la barba canosos. Era de mediana estatura, los ojos azules grises, muy brillantes, el color sano y el aire sonriente.

Cuando sufría accesos de gota, gritaba, se desesperaba y blasfemaba. Luego decía a su sobrina:

—No me hagais caso; cuando me duele mucho el pie, aparece en mi el soldado.

Leonor de Alzate, la sobrina del barón, la dama de Urtubi, era una mujer muy elegante, de mediana estatura, esbelta, el pelo rubio castaño, los ojos azules y el óvalo de la cara alargado.

Leonor era muy querida por todos los que estaban a su alrededor; tenía un gran encanto, una gracia fugitiva, de pájaro; se manifestaba muy cariñosa con la gente, y aunque no podía pasar por una belleza, los vecinos del castillo, campesinos y caballeros, ase-

guraban, convencidos, que no había en todo el país labortano una mujer como la dama de Urtubi.

Leonor llevaba una vida animada y alegre; paseaba a caballo en compañía de algunas amigas y de algunos hidalgos de los contornos, y acudía a todas las fiestas que se daban desde el curso del Nive hasta el Bidasoa.

—Diviértete lo que puedas—le decía el barón.

La educación de la señorita de Urtubi había sido la corriente en la época. De niña había estado en un colegio de Bayona, donde las monjas le enseñaron algunas labores y le imbuyeron un misticismo un tanto ñoño. El carácter de Leonor no se había desarrollado, y sus amigas le acusaban de versátil y de informal.

Urtubi, que quería contrarrestar la influencia monjil del convento, leía a veces a su sobrina trozos del Heptame-

ron, de la reina Margarita de Navarra, o de la *Vida de las damas galantes* de Pedro de Bourdeilles, abate de Brantome, a quien Urtubi estimaba como a gascón y como a soldado.

Leonor no aceptaba sin protesta la lectura de estas páginas licenciosas, y el barón tenía que dar explicaciones a su sobrina.

—Querida hija mía—le decía—: eres una diosa; vives en las estrellas o, por lo menos, en las nubes; conviene que vayas poniendo los pies en tierra, no vayas a dar el mejor día el gran batacazo. Prefiero que seas una amazona atrevida y audaz que no una Santa Nitouche.

Leonor había tenido muchos pretendientes.

—Mi sobrina guarda en un catálogo en folio los nombres de sus enamorados—decía Urtubi riendo.

Leonor consideraba como condición

indispensable para casarse el estar enamorada. Uno de sus pretendientes había sido el heredero del castillo de Saint Pée.

El joven Saint Pée era de familia acomodada. Su apellido y su torre eran tan antiguos como los de Urtubi, y aparecían en las crónicas del Labourd en épocas muy lejanas.

El matrimonio era proporcionado; pero Leonor vaciló. El joven Saint Pée tenía un aire avieso. Se decía que era un calavera, y algunos lo tenían por hombre de mala sangre.

Una vieja niñera de Leonor, la Andre Anthoni, le dijo a su señorita que no debía casarse con Saint Pée, porque éstos habían sido siempre enemigos de la familia de Alzate. Leonor preguntó a su tío qué había de verdad en esta aserción.

—¿Quién te ha contado eso?—preguntó Urtubi.

—Mi niñera, la Andre Anthoni.

—Es extraño. Sin duda se conserva en el pueblo el recuerdo de la rivalidad de las dos familias. Pues sí, es cierto. Los Urtubis y los Saint Pée fueron antiguamente enemigos encarnizados. Se disputaban la dirección del Labourd. Mis antepasados y los tuyos, que tenían tu apellido, Alzate, lucharon repetidas veces con los Saint Pée. Los Alzates contábamos con partidarios en la parte de allá de los Pirineos; D. Rodrigo de Alzate, patrono del barrio que lleva su nombre en Vera de Navarra, era uno de nuestros aliados. Teníamos también derecho a ocupar y guarnecer un torreón fortificado en el Bidasoa. Al iniciarse en el país vasco-español la guerra de los linajes, la política hizo que nosotros nos uniéramos con el bando Gamboíno, y los Saint Pée con el Oñacino. En 1413, un Saint Pée mató a un Alzate, señor de

Urtubi, a traición, según nuestras crónicas; los de Urtubi, reunidos con hombres de solares amigos y con el capitán Fernando de Gamboa, que vino de Guipúzcoa, avanzaron hasta Saint Pée a sangre y a fuego; pero a la vuelta cayeron en una emboscada, y murieron asaetados casi todos los nuestros, entre ellos Fernando de Gamboa. Al desaparecer en Francia la influencia española, se extinguió la rivalidad entre Oñacinos y Gamboínos, y en 1514, época en que Luis de Alzate, baron de Urtubi, era copero de Luis XII y su bailío en el Labour, las dos familias se reconciliaron y se olvidaron los antiguos resentimientos. No creo—terminó diciendo el barón—que estos motivos históricos sean causa bastante para que no quieras casarte con Saint Pée.

—Algo es este resentimiento antiguo—dijo Leonor—; pero hay ade-

más otros indicios. La dama de Urtubi hizo que sus criadas se enteraran de la vida que hacía su pretendiente. Por lo que contaron, el joven Saint Pée, con dos o tres perdidos que le ayudaban en sus conquistas, se dedicaba a engañar a las muchachas de los contornos, llevándolas a los aquelarres y abusando de ellas.

En vista de estos informes, Leonor rompió definitivamente con Saint Pée; no quería que le hablaran del noviazgo y se encerró unos días en casa.

Leonor no era completamente feliz; le faltaba algo; no soñaba con los triunfos de la corte ni con la vida de la gran ciudad; no aspiraba más que a encontrar un hombre que la quisiera y la protegiera.

La dama de Urtubi tenía la preocupación de ser española; se creía apasionada, un poco mística; consideraba los caballeros franceses demasiado bri-

llantes y superficiales; creía que quizá en España hubiera hallado un hombre más serio, más ardiente, más como ella lo soñaba.

III

LA SECTA DE LAS «SORGUIÑAS»

Desde hacía algún tiempo, todos los rincones de la tierra labortana y navarra estaban llenos de *Sorguiñas*. En las dos vertientes del Pirineo vasco, desde Fuenterrabía hasta el Roncal y desde el Bearn hasta Hendaya, las hechiceras imperaban, mandaban, curaban y hacían sortilegios.

¿Qué eran estas *Sorguiñas*? ¿De dónde procedía su ciencia y su poder?

Para algunos, era la suya la clásica brujería de los romanos, llegada al

país vasco por intermedio del Bearn; para otros; tenía esta secta reminiscencias de antiguas prácticas religiosas de los euscaldunas.

Como en todas las zonas selváticas de Europa no dominadas por la ideología del semitismo, en el país vasco existía un culto en donde la mujer era sacerdotisa: la *Sorguiña.* En las religiones africanas nacidas en el desierto, el hombre es el único oficiante, el profeta, el salvador, el mesías, el mahdi. La mujer está relegada al harén, la mujer es un vaso de impurezas, la mujer es un peligro, en cambio, en las regiones de las selvas europeas la mujer triunfa, es médica, agorera, iluminada; se sienta sobre el sagrado trípode, habla en nombre de la divinidad y se exalta hasta la profecía.

En los cultos semíticos, la mujer aparece siempre proscrita de los altares, siempre pasiva e inferior al hom-

bre; en cambio, en las religiones primitivas de los europeos, aun en aquellas más pobres y menos pomposas, aparece la mujer grande y triunfadora. En la vida resplandeciente de los griegos, es sacerdotisa y sibila: en la vida oscura y humilde de los vascos, es *Sorguiña.*

La hostilidad del semita por la mujer se advierte en los primeros cristianos; para los evangelistas, María tiene una importancia secundaria; en el suplicio del Cristo no se indica su presencia en las relaciones de San Mateo, de San Lucas ni de San Marcos; ninguno de ellos habla de sus dolores de madre, ni cita la fecha de su muerte.

Estos primeros cristianos de raza judía no tuvieron, no pudieron tener el culto de la Virgen; fué necesario que el cristianismo tomara carácter europeo, se injertara en una raza politeísta que había adorado a Venus, a

Ceres y a Minerva para que glorificase a la madre de Dios.

En los aquelarres vascos se adoraba al macho cabrío negro; al Aquerra. ¿Quién era este Aquerra? ¿Qué filiación tenía? No era, seguramente, este macho cabrío un personaje sin tradición. Ya entre los egipcios y los griegos Pan y Baco tomaban las formas del gran chivo; los indios lo adoraban en la cueva de Mendes; los antiguos persas sabían las relaciones estrechas que hay entre los demonios y las cabras.

Maimónides afirma que el culto del macho cabrío formaba parte del sabeísmo, de la religión de los astros y de la naturaleza. Thor, dios escandinavo, marchaba en su carro tirado por chivos. En época racionalista se hubiera visto en este macho cabrío negro un mito cosmogónico; en época de fanatismo y de estupidez se veía en él

como en todo, a Satán. El macho cabrío era animal fantástico y caprichoso; el jesuíta Martín del Río acepta como un hecho probado que Lutero era hijo de una bruja y de un chivo. Hubiera sido curioso, si Lutero hubiera podido conocer el libro de Martín del Río, preguntarle al grande y colérico reformador alemán de quién creía que era hijo el jesuíta.

Al principio del siglo XVII, la secta de las *Sorguiñas* tomaba un incremento extraordinario en el Labourd, el Bearn y Navarra; poco después el Gobierno español y el francés tenían que tomar cartas en el asunto, y los inquisidores de Logroño juzgaban a los brujos de Zugarramurdi, y el juez de Burdeos, Pierre de Lancre, enjuiciaba a los de San Juan de Luz.

Los inquisidores españoles cargaron el proceso con detalles cómicos y ridículos, y fueron benignos en sus sen-

tencias; el juez de Burdeos, elegante y melodramático, se mostró más duro. Los inquisidores de Logroño aparecieron tales como eran: unos buenos frailes burdos, crédulos, torpes, sin malicia y sin inteligencia. Monsieur de Lancre se manifestó como un hombre de mundo y como un magistrado cruel.

En esta época la secta de las *Sorguiñas* había prosperado mucho: las damas más bellas lo eran; muchas señoras de San Juan de Luz, de Urruña, de Saint Pée y de Sara no se recataban en confesarlo. Sus reuniones, sus *batzarres* eran grandes mascaradas y bailes a manera de pastorales suletinas, adonde iban las personas más importantes del país con la cara cubierta por un antifaz. Ni aun los mismos que asistían a ellas tenían idea clara de lo que ocurría; unos las pintaban como fiestas alegres, otros como espectáculos horribles en donde se evocaba a

los muertos y se practicaban extraños ritos de necromancia.

Señalando el progreso de los aquelarres, dice el magistrado Lancre: «No se veían antes en ellos mas que idiotas de las Landas; hoy acuden gentes de calidad».

«Es asombroso—añade el mismo—el número de demonios y de hechiceros que hay en el país de Labourd.»

¿Qué causa podía haber producido esta inusitada aglomeración de diablos? El señor de Lancre, hombre perspicaz, a su modo, da la siguiente explicación:

Según él, los misioneros de las Indias y del Japón han echado de estos países a los espíritus malignos, y los espíritus malignos se han refugiado en la tierra vasca.

¿Por qué habían elegido el Labourd y no la Gascuña, la Gironda, el Armagnac o la Turena?

Este era uno de los secretos del señor de Lancre.

«El caso es—dice el magistrado, reforzando su argumentación — que muchos ingleses, escoceses y otros viajeros que vienen a cargar vinos a esta ciudad de Burdeos, nos han asegurado haber visto durante su viaje tropas de demonios en formas de hombres espantosos, que pasaban a Francia.»

Después de señalar el probable origen de los malos espíritus, el señor de Lancre indaga los motivos del por qué en el Labourd se ha fomentado esta maldita casta, y dice, refiriéndose a los vascos:

«Son gentes que andan a gusto de noche, como las lechuzas; son amantes de las veladas y de la danza, y no de la danza reposada y grave, sino de la agitada y turbulenta.»

El señor de Lancre, bordelés, que

sabía hermanar la obligación con el placer y que tocaba el laúd en los entreactos de los juicios y hasta hacía bailar a las *Sorguiñas* en su presencia antes de mandar quemarlas, define así a las mujeres labortanas:

«Son ligeras y movedizas de cuerpo y de espíritu, prontas y animadas en todas sus acciones, teniendo siempre un pie en el aire y, como se dice, la cabeza cerca del gorro...

»En fin, es un país de manzanas: las mujeres no comen más que manzanas, no beben más que jugo de manzanas, lo que da ocasión a que muerdan tan a menudo la manzana prohibida.»

El señor de Lancre era un humorista injerto en un inquisidor; la hoguera, el laúd y la pluma constituían sus medios de convencimiento.

La secta de las *Sorguiñas* vascas tenía algunos caracteres comunes a la

brujería general y muchas particularidades especiales. Las *Sorguiñas* no celebraban el sábado, sino otros días de la semana, sobre todo aquellos de grandes solemnidades en la Iglesia.

Hubo tiempo en que se respetaba y se temía a las *Sorguiñas*. En Navarra, como en el Labourd, todo el mundo iba a sus conciliábulos, que en Navarra se celebraban en prados, cuevas y sitios rústicos, y en el Labourd en caseríos y en castillos.

¿Qué impulsaba a las gentes a asistir a estas reuniones, a estos aquelarres? A unos, la promesa de bacanales y de placeres, de orgías y de bailes desenfrenados; a otros, la inclinación por lo maravilloso. Algunos acudían a la cita a recoger de manos de una hechicera el filtro para hacerse amar, el conjuro o el veneno para vengarse; los pobres, los desgraciados, locos de hambre, de desesperación y de rabia,

iban a los aquelarres a insultar impunemente al rey, a la Iglesia y a los poderosos...

Quizá era éste, el de la protesta social, el aspecto más hondo de las sectas de los brujos. Así la brujería francesa se complicó con la Jacquería a mediados del siglo XIV y se hizo anárquica y revolucionaria.

La brujería, que era rebelde a la Iglesia y al Poder, tenía defensores en las clases acomodadas, que creían en los conocimientos médicos de las *Sorguiñas.*

En Navarra, las razas despreciadas, los agotes del Baztán, los húngaros y los gitanos, se acogían a ella, y las cuevas en donde las viejas hechiceras hacían sus ungüentos y sus elixires eran refugio de los perseguidos por la justicia y de los despreciados por el pueblo.

Y en el fondo de estos cultos ex-

travagantes y bárbaros latía un anhelo de fraternidad humana quizá mayor que en las iglesias solemnes y pomposas llenas de oro y pedrerías.

IV

LA FERRERÍA DE OLAUNDI

La ferrería de Olaundi estaba a orillas del Bidasoa, en la confluencia del río con un arroyo que bajaba del monte. Olaundi se encontraba en un sitio húmedo y hundido; era una ferrería antigua, vasta y en parte derruída. De lejos parecía un castillo; con varias torres; tenía una presa, en donde se embalsaba el agua del arroyo; un antiguo taller arruinado, del que no quedaban más que unas enormes columnas de piedra gigantes que

nacían entre hierdajos; dos grandes chimeneas y varios murallones negros cubiertos de una vegetación parásita. Allí la hiedra y los helechos, la hierba de pordiosero y el yaro, el asfodelo, la ortiga y la parietaria dominaban de tal modo, que las cercas, las paredes y los troncos de los árboles próximos estaban cubiertos de un verde profundo. Los viejos tejados de la ferrería, tachonados por las manchas redondas de los líquenes, tenían tonos de oro y de plata.

Durante el invierno, entre las lianas de la flora parásita marchita por los fríos, a nivel del agua se veían dos grandes arcos ojivales, que las gentes miraban como obra del diablo. Olaundi no tenía vecino alguno; únicamente a poca distancia se levantaba una ermita, abandonada desde que habían matado al ermitaño.

Antón de Jaxu, padre, y Antón de

Jaxu, hijo, los dueños de la ferrería de Olaundi, eran grandes forjadores. Metidos en aquel vasto edificio lóbrego lleno de ratas que subían del río y de arañas que entraban por todas partes, los dos Antones trabajaban constantemente.

Era difícil pasar cerca de Olaundi, de día o de noche, sin oir el soplo asmático del fuelle de la fragua y la sinfonía de martillazos que brotaba de ella.

El tin-tan de los martillos de los dos Antones llenaba el aire silencioso desde que salía el sol hasta mucho después de que se ponía. Algunos aseguraban que los Antones martilleaban tan fuerte para asustar a las ratas que les disputaban sus dominios. Así las gentes de mala intención llegan a desprestigiar las más altas virtudes...

Los domingos, los dos ferrones, que no querían sin duda alejarse de su casa, pescaban en el río.

Una mañana de junio en que Antón de Jaxu, hijo, trabajaba en su fragua, se presentó en ella un joven vestido como un caballero de ciudad. Era un muchacho que había venido de las Indias y que se llamaba Machain. Miguel Machain, nacido en un caserío de las orillas del Bidasoa, había sido compañero de la infancia de Antón de Jaxu. Miguel, dejando el caserío a los catorce años de edad, marchó a Francia, país en donde estuvo algún tiempo, y desde el cual partió para las Indias.

Al entrar Miguel en la fragua de Jaxu no conoció al herrero; en cambio éste reconoció en seguida a Miguel Machain. Era Machain un mozo de unos veinticuatro años, alto, esbelto, de ojos garzos y pelo castaño, vestía traje negro, pequeña gorguera blanca y capa parda.

—Maestro—dijo Machain en vascuence.

—¿Qué quieres?—preguntó Jaxu.

—Tengo una espada que le falta la guarda. ¿Podríais ponérmela?

—Veamos.

Machain sacó una larga espada de dos filos de debajo de la capa; el acero se doblaba como un junco, el puño estaba preciosamente labrado.

Jaxu tomó el arma, la examinó con detención y la tendió a Machain.

—¿No se puede componer?—preguntó éste.

—Según—dijo Jaxu.

Machain le interrogó con los ojos.

—Si esa espada es para ti una joya —dijo el forjador—y quieres que nosotros le pongamos la guarda de tal manera que no se note la compostura, eso no lo sabemos hacer.

—Quiero principalmente que esta espada me sirva—dijo Machain.

—Entonces vuelve dentro de dos días y estará compuesta.

Miguel Machain salió de la ferrería de Olaundi, y al marchar por el camino oía el tin-tan del martillo de Jaxu que seguía sin parar sonando en la fragua.

V

ERROTABIDE, EL GUIPUZCOANO

Dos días después, en la misma ferrería, mientras los Jaxu, padre e hijo, trabajaban, había en la fragua un grupo de varios campesinos, y entre ellos una mujer, que escuchaban a un hombre alto, seco, de ojos azules y de pelo rubio ya canoso. Este hombre era Errotabide.

Errotabide había ido a recoger la espada dejada en Olaundi por Machain, y hablaba de éste como de un amigo.

—Ese mozo parece que tiene muchas ambiciones—dijo Jaxu, padre—; le han querido casar con la hija de Navasturen y no quiere.

Errotabide sonrió.

—Claro que no quiere.

—¿Y por qué? ¿Qué más puede desear ese muchacho?

—Ese muchacho—replicó Errotabide—aspira a casarse con la sobrina del barón de Urtubi de Urruña.

—Eso es imposible—dijeron los dos Antones.

—¿Por qué?

—Machain no es noble.

—Es un soldado. Los Machain pueden ser tan antiguos como los Urtubis.

—¿Y se quieren la señorita de Urtubi y Machain?—preguntó Jaxu el joven.

—Sí—contestó Errotabide—; cuando Machain salió de su casa estuvo de

pastor en Urtubi durante dos años; allí conoció a la sobrina del barón, se enamoró de ella y juró hacerse un hombre. A la primera ocasión que tuvo se embarcó para las Indias, pasó mil peligros, y a los ocho años volvió con dinero; fué a vivir a Urruña, se presentó a la señorita Leonor y llegó a enamorarla. Entonces en el pueblo se comenzó a hablar de estos amores de la dama de Urtubi con un aventurero; los rumores llegaron a oídos del barón, el que recomendó a su sobrina fuera a pasar una temporada con unos amigos de Urdax.

—¿Y está en Urdax esa dama?—preguntó el viejo Jaxu.

—Allá está.

—¿Y Machain qué va hacer?—dijo Jaxu el hijo—. ¿Qué aventura prepara? ¿Para qué quiere esa espada?

Errotabide, viendo que los dos ferrones, sus aprendices, y el grupo de

campesinos, tenían todos gran interés en saber noticias, sonrió.

—Machain—dijo después—estuvo en Urdax hace días, y no pudo ver a la dama de Urtubi; preguntó allí quiénes eran los amos de la casa donde actualmente vive Leonor de Alzate, y supo que eran doña Graciana de Barrenechea y su marido, Miguel de Goyburu: Hizo más averiguaciones, y se enteró con sorpresa de que la tal doña Graciana es una *Sorguiña* y la reina de los aquelarres. No sólo se enteró de esto, sino que supo que doña Graciana era amiga íntima del señor de Saint Pée, que es un enamorado de Leonor, a quien persigue constantemente. Machain indagó que doña Graciana quiere hacer bruja a la dama de Urtubi y llevar un viernes al aquelarre de Zugarramurdi a Saint Pée y a Leonor, para que así no puedan separarse jamás.

—Y Machain ¿qué va hacer?

—Machain irá conmigo al aquelarre para impedir las maniobras de doña Graciana.

Todos los que estaban en la ferrería contemplaron con admiración a Errotabide.

—Sí; vamos a ir los dos—siguió diciendo el guipuzcoano—; una señora de Sara, doña Micaela de Gaztelu, nos avisará el día fijo del aquelarre con veinticuatro horas de anticipación. Ella es la que le ha dado esa antigua espada a Machain. Parece que doña Micaela, en su juventud, fué amiga íntima de la madre de Leonor.

—¿Y vais a ir solos al aquelarre?—preguntó Antón el viejo.

—Yo, por mi parte, iría solo—contestó Errotabide—; pero Machain ha ido a visitar al rector de Vera, y éste le ha dado unos escapularios y le ha dicho que se presente al comandante

de soldados que vive en Itzea, quien le ha prometido a Miguel que le prestará seis de sus hombres más decididos.

Los dos ferrones, sus aprendices y los campesinos contemplaron con asombro a Errotabide, y luego fueron cada uno contando lo que sabían de los *batzarres* o reuniones de las *Sorguiñas*.

Errotabide, el más enterado, dijo que se celebraban los lunes, miércoles y viernes y en las grandes fiestas de la Iglesia; que comenzaban a las nueve y concluían a media noche, pues los brujos no podían oir en el campo el canto del gallo, que a veces se celebraba una burla de la misa, y que se concluía la fiesta con un baile desenfrenado.

Jaxu, el padre, contó que a él le habían asegurado que las *Sorguiñas* desenterraban a los muertos para co-

mérselos y que iban a hacer estas operaciones a los cementerios, llevando como antorcha el brazo de un niño fallecido sin bautizar, al que encienden por la parte de los dedos y que da luz como un hacha de viento.

Errotabide observó que si a él le envíaban de noche a coger onzas de oro sin más luz que la que pudiese dar un brazo de niño encendido, no cogería muchas.

Jaxu, el hijo, añadió que una vez las *Sorguiñas* habían salido a espantar a Martín de Amayur, el molinero, que iba de Zugarramurdi a su molino, y que después de juguetear entre las zarzas, las vió desaparecer en un charco.

—Entonces es que esas *Sorguiñas* eran ranas—replicó Errotabide.

Uno de los campesinos dijo que él había oído a un hombre muy enterado que el demonio a los que cogía por

su cuenta hacía una herida con la uña, que dejaba una cicatriz indeleble, y que, además, marcaba como un sello en la niña del ojo de la persona endemoniada la figura de un sapo.

A esto agregó un viejo que él sabía que Juanes de Echalar tenía la marca del diablo en la boca del estómago, y que era verdugo, y que estaba encargado de azotar a los muchachos que, habiendo ido al aquelarre, contaban luego en el pueblo lo que había pasado allí.

Una vieja dijo que una tal Juancho contaba que María Chipia y María de Yurreteguía, maestras en los sortilegios, se acercaron una noche a Vera volando por los aires, y sacando a una porción de chicos de la cama, los llevaron al aquelarre de Zugarramurdi.

Uno de las aprendices de Jaxu, el más pequeño y el más pálido, miraba

a los que hablaban, con los ojos muy abiertos de espanto.

—No tengas miedo—le dijo Errotabide—; a ti no te llevarán las brujas, y si lo intentan avísame a mí.

Errotabide el guipuzcoano se tenía por hombre fuerte, quizá se consideraba él también un poco brujo.

VI

EL VIAJE

Miguel Machain había hecho los preparativos para su gran aventura. Llevaría una escolta de cinco soldados y un sargento, que le dejaba el comandante de Itzea; le acompañarían, además, Errotabide y un joven amigo suyo llamado Echeún, gran conocedor del terreno.

El 23 de junio Machain recibió el aviso de doña Micaela de Gaztelu diciéndole que a la noche siguiente, la noche de San Juan, se celebraría el

aquelarre, al cual iba a acudir Leonor y Saint Pée. El punto de reunión de todos sería la cueva de Zugarramurdi, desde donde marcharían al prado de Berroscoberro.

Machain avisó a los soldados; Errotabide cargó un caballo con provisiones, y por la tarde, después de comer, a la deshilada salieron del pueblo.

El día estaba hermoso; el sol de junio calentaba suavemente la tierra, tomaron todos el camino hacia Francia. Subieron luego algunas cuestas cubiertas de arcilla húmeda, en donde se resbalaban los pies, remontaron un arroyo, y en una cañada con altos árboles se detuvieron a descansar y a echar un trago.

Tras del descanso comenzaron de nuevo la marcha; siguieron por el borde de un aroyo que baja a Sara, corriendo entre bosques espesos, y abandonando después sus orillas subieron

un talud, desde el cual se divisaba un valle estrecho, y a la salida de éste la llanura francesa.

Hicieron una segunda parada. Machain quería que su gente llegara sin fatiga. Desde allí, la España montañosa y áspera concluía en un promontorio que penetraba en la llana y suave Francia. Este promontorio, última estribación del monte de Peñaplata, parecía en su cumbre un colmillo retorcido, y tenía al pie el caserío blanco de un pueblo: Zugarramurdi.

Era la caída de la tarde cuando Machain y sus amigos reanudaron la jornada; el cielo se había nublado; poco después comenzó a llover. Uno de los soldados, a quien la aventura, en el fondo, no le dejaba tranquilo, exclamó:

—Mal tiempo vamos a tener.

Se cobijaron en una borda, donde pasaron largo rato.

—Hay que seguir—dijo Machain.

—¡Bah! Esto no es nada—exclamó Errotabide—. ¡Adelante! ¡Adelante!

Siguieron marchando; la lluvia iba tomando cada vez más fuerza; nubarrones negros y violáceos aparecían por encima de los montes. La tormenta hizo obscurecer el cielo y se precipitó la noche sobre el valle. De pronto relampagueó un rayo en zig-zag sobre las cimas de Peñaplata, y a éste siguieron otros y otros que formaban haces deslumbradores; las piedras de la cumbre del monte parecían fundidas al blanco; tras de los relámpagos retumbaban los truenos y arreciaban los chaparrones.

El viento helado parecía luchar con furia contra los viajeros; los nueve hombres marchaban en silencio, buscando las piedras donde afirmar el pie.

En esto, el caballo que llevaba las provisiones, espantado por un re-

lámpago, se echó hacia atrás y desapareció.

—Voy por él—dijo Errotabide y se hundió en la tempestad y en la noche.

Los soldados y Machain siguieron adelante. Echeún los dirigió a un caserío que se divisó a la luz de una centella.

Al acercarse oyeron rumor de voces y de panderetas. Estaban cantando.

Al llamar, los que cantaban dentro se callaron.

No querían abrir. Machain y Echeún con halagos, los soldados con amenazas, insistieron en que se les abriese, y una mujer, por fin, les franqueó la puerta. El caserío era muy pobre y desmantelado; se llamaba Subitarte.

Pasaron todos y entraron en la cocina y se acomodaron al lado del fuego. La mujer del caserío era viuda; estaba en compañía de su padre, un viejo achacoso; de dos chicos, que tocaban

la pandereta, y de un niño pequeño, que dormía en la cuna al lado de la lumbre.

Echeún sacó la bota del vino y bebieron todos.

—¿Y Errotabide?—preguntó Machain.

—Errotabide ha desaparecido—dijo Echeún.

—¿Cómo?

—Sí; ha ido detrás del caballo que llevaba nuestras provisiones.

Machain salió al raso del caserío, metió dos dedos en la boca y silbó de una manera tan aguda, que debió oirse el silbido a gran distancia. Nadie contestó. Poco después volvió a silbar, y entonces se notó que contestaban de lejos. Un cuarto de hora más tarde Errotabide apareció en el caserío con el caballo del diestro, que dejó en la cuadra.

—La tormenta ha pasado—exclamó—. Vamos a Zugarramurdi.

—¿Será este hombre brujo?—preguntó el soldado a quien la expedición inquietaba a un compañero.

El compañero se encogió de hombros.

Machain dió unas monedas a los chicos del caserío Subitarte, se despidió de la mujer y de su padre, y salió de nuevo con su gente al campo.

Echeún, que había perdido el camino por la tormenta, lo encontró en seguida, y, como era estrecho, comenzaron todos a marchar en fila. Un perro aullaba a lo lejos.

—Mala señal—dijo el soldado supersticioso.

—¡Bah!—replicó el otro—. Hace diez años que en mi barrio aulla un perro todas las noches. Por ahora, no me ha ocurrido nada.

Había dejado de llover; hacía una hermosa noche, limpia, clara estrellada.

A un lado y a otro del camino había grandes árboles entre maleza y monte bajo.

—No avancemos—dijo el soldado medroso de pronto.

—¿Qué hay?—preguntó Machain.

—Allí, allí hay algo agazapado. Es un bulto blanco: un dragón.

—A mí me parecen varias serpientes enroscadas—aventuró otro.

Machain empuñó su espada, el sargento hizo lo mismo, y precedidos de Errotabide, que enarbolaba el palo, se acercaron al bulto blanco.

—Es un árbol seco—dijo Machain.

Errotabide se sentó encima.

Los soldados se rieron de su asustadizo compañero, y siguieron la marcha. Las ramas de los árboles temblaban con un ruído misterioso en la noche tibia y húmeda; el agua en los regatos parecía cantar en el silencio solemne del campo...

Errotabide sacó del bolsillo del pecho una pequeña flauta rústica y comenzó a tocar aires alegres. De pronto se calló; un ruiseñor le contestaba en la obscuridad. Errotabide se detuvo para oir, y los soldados con él.

—No nos detengamos. ¡Adelante! ¡Adelante!—gritó Machain.

Siguieron marchando. Al acercarse a la cueva de Zugarramurdi, Echeún advirtió a Machain y Machain a los demás que estaban cerca del misterioso antro.

El camino pasaba por debajo de una arcada; a la izquierda se abría la enorme boca de la cueva, por la cual no se distinguían más que sombras. Al acostumbrarse la pupila, se iba viendo en el suelo como una sábana negra que corría a todo lo largo de la gruta, el arroyo del infierno, *Infernuco-erreca*, que palpitaba con un temblor misterioso. En la obscuridad de la caverna

brillaba, muy en el fondo, la luz de una antorcha que agitaba alguien al ir y venir.

Unos cuantos murciélagos volaban a su alrededor; de cuando en cuando se oía el batir de las alas de una lechuza y su chirrido áspero y estridente.

—Este es el punto de cita—dijo Errotabide.

—Aquí tenemos que entrar—añadió Machain.

Los soldados se persignaron y sacaron la espada.

—¡Adelante!—gritó Errotabide, y entró en la cueva saltando, haciendo molinetes con el palo y dando grandes zancadas.

Errotabide no parecía temer a las brujas; sin duda conocía sus rincones y sus aquelarres.

VII

LA CUEVA DE ZUGARRAMURDI

ECHEÚN había encendido una linterna, y avanzó en la cueva, seguido por los soldados. Con aquella escasa luz parecía que el piso de arena iba a desaparecer a cada instante y que el arroyo se encontraba a gran profundidad. Sin embargo, no era así; el suelo de la cueva bajaba en una pendiente suave y concluía en el arroyo, que al principio tenía bastante anchura y muy poca profundidad. Más lejos seguía alargándose la caverna al borde de *In-*

fernuco-erreca, hasta que el arroyo se estrechaba, salía al campo, y la gruta terminaba en una abertura angosta. El antro no estaba desierso; a la luz de una antorcha se veían dos viejas que sacaban manojos de hierbas secas guardados en un rincón, e iban clasificando la mandrágora y el beleño, el estramonio y el muérdago, el acónito y la belladona.

—¿Vamos a quedarnos aquí?—preguntó el jefe de los soldados.

—Sí.

Echeún clavó un palo en el suelo, ató a él la caballería por el ronzal y le colgó del cuello un saco de maíz para que comiera.

Errotabide tomó la linterna y desapareció en la cueva, y volvió cargado con una puerta grande, que servía de puente para cruzar el arroyo de un lado a otro. Las dos viejas que estaban amontonando hierbas refunfuñaron al

ver que quitaba el puente, pero Errotabide no las hizo caso.

—Para hacer fuego—dijo a sus compañeros, tirando la puerta al suelo.

Echeún y los soldados, a patadas y a golpes, rompieron la puerta y la redujeron a un gran montón de astillas. Después trajeron helechos secos y encendieron una hermosa hoguera.

—Ahora lo que hay que hacer es cenar—dijo Errotabide—, y cuando comience a venir gente, no estar silenciosos, sino gritar y alborotar como el que más, para no infundir sospechas.

Comenzaron a cenar. A la luz de las llamas se veían las rocas arenosas, blancas, fantásticas, que parecían sombras envueltas en fúnebres sudarios; se divisaba también el techo alto, lejano hacia donde subía el humo de la hoguera, y el riachuelo que corría, negro, con resplandores rojizos. Aquel arroyo producía un rumor sibilante, al que

acompañaba el ligero estallido de las gotas de agua que caían de las peñas como lágrimas.

Mientras cenaban empezó la cueva a llenarse de gente. Unas viejas harapientas entraron alumbrándose con manojos de hierbas secas resinosas. Iban dirigidas por una mujer alta, hombruna, que llevaba orgullosamente una corona de muérdago sobre su cabellera blanca. Avanzaron por la orilla del arroyo hasta reunirse con las dos harpías que escogían hierbas a la luz de la antorcha.

Una de las viejas recién venidas llevaba un brazado de leña en la cabeza; lo echó en el suelo y encendió una hoguera. Después, otra se acercó al arroyo, llenó de agua un caldero y lo colocó en el fuego sobre dos piedras.

La vieja hechicera de la melena blanca y la corona de muérdago comenzó a echar las hierbas en el calde-



ro mientras murmuraba algunas palabras mágicas; las otras formaron un corro alrededor. Las llamas brillaban con sus reflejos de oro y de sangre, iluminando el círculo de las *Sorguiñas*.

Poco después comenzaron a entrar en la cueva grupos de muchachos y de muchachas; se oyeron risas contenidas, murmullos y besos en la obscuridad.

Se encontraba allí gente de Vera, de Lesaca, de Echalar, de Añoa, de Zugarramurdi y de Urdax; entre los vascos franceses la había de San Juan de Luz y de Urruña, de Ascaín y de Oleta, de Sara y de Saint Pée; para muchos era aquello una gran romería animada y alegre. Los que traían leña encendían una hoguera y hacían su corro.

Llegaron también un grupo de gitanos, en compañía de unas cascarotas de Ciburu y unos agotes de Arizcun

que llevaban como distintivo una pata de ave, cortada en paño rojo, cosida en la ropa, a la espalda, para que nadie se acercase a ellos.

A pesar de su fama de leprosos, eran estos muchachos altos, bien formados, rubios y de ojos azules. Su ascendencia gótica se advertía en ellos. Se esforzaban en manifestarse decididos, pero tenían una gran timidez.

A medida que se acercaba la hora de la cita se presentaban nuevas gentes; más de una docena de curas del Labourd, armados de espada, en compañía de sus queridas que eran las sororas de las iglesias, a quienes los franceses llamaban *benedictas*, llegaban dispuestos a bailar en el aquelarre y a decir la misa negra.

Uno de estos curas dejó su sombrero en el suelo. Errotabide se lo puso, y cantó:

«Donostiarrac ecarridute
Guetariatic aquerra
Campantorrian ipiñidute
Aita santubat degula (1).»

Después, Errotabide cantó otras coplas y bailó dando grandes saltos.

Se aplaudió y se celebró el buen humor de aquel hombre.

Luego, como animados por el ejemplo de Errotabide, unos cuantos muchachos labortanos cantaron una canción a coro, llevando unos la nota alta y otros el acompañamiento en la octava baja, con verdadera maestría. La cueva resonó con estas voces como la nave de una catedral.

A última hora fueron apareciendo los directores y mangoneadores del aquelarre de Zugarramurdi. Primero vino el rector del pueblo con tres frailes del antiguo monasterio de San

(1) Los donostiarras han traído desde Guetaria el macho cabrío, y lo han puesto en el campanario. Ya tenemos padre santo.

Salvador de Urdax; después el señor de Saint Pée, con sus amigos, casi todos enmascarados; por último, Graciana de Barrenechea, en compañía de su marido, Miguel de Goyburu, y de tres señoritas cubiertas con antifaces. Al momento conoció Machain entre ellas a Leonor de Alzate, que vestía un traje de amazona.

Graciana de Barrenechea y Miguel de Goyburu, como reyes del aquelarre, eran los que mandaban allí, y dispusieron que se diera de beber a todo el mundo.

Corrieron los vasos de una mano a otra; los hombres bebieron vino y las viejas aguardiente.

Miguel de Goyburu y el señor de Saint Pée iban llevando en jarras un líquido dulce, que ofrecían a las mujeres, y que era el cocimiento de estramonio y de mandrágora, endulzado con azúcar y aromatizado después,

que habían preparado las *Sorguiñas*. Al aproximarse los dos hombres a Leonor, Machain, que se había puesto el antifaz, se acercó a ella y le agarró del brazo.

—¿Qué quiere usted?—preguntó ella, asustada.

—No beba usted—le dijo él.

—¡Miguel! ¿Eres tú?

—Sí; aquí estoy para defenderla. No tenga usted miedo.

Leonor mojó los labios en el líquido y se limpió después inmediatamente con el pañuelo. Desde que había entrado en la cueva estaba asustada, horrorizada; temía que le fuese a dar un vértigo.

El barón de Sain Pée miró a través de su antifaz a aquel otro enmascarado que hablaba con Leonor; supuso sería algún caballero vecino de Urtubi que la conocía.

Graciana de Barrenechea, al pasar

delante del grupo de los agotes, vió uno de estos muchachos y quedó prendada de él. Entusiasmada, se le acercó, le habló y se sentó a su lado, y se quitó el antifaz para que el hombre de raza oprimida la contemplara a su sabor.

Era Graciana una hermosa mujer de ojos negros y de cabellos de ébano; tenía más de treinta años y formas opulentas; vestía traje de terciopelo verde, y llevaba los ojos y los labios pintados.

El agote, ante aquella mujer ardiente que le miraba como una leona en celo, permanecía en una actitud encogida y humillada.

Las dos señoritas y Leonor se separaron de Graciana. Una vieja se les acercó llevando en las manos y en los hombros sapos y lagartos. Algunos de estos sapos tenían la particularidad de llevar un pequeño hábito de fraile,

con su capucha, atado en la cintura por un cordón. La vieja invitó a Leonor y a sus amigas a que acariciaran a los sapos vestidos, lo que ellas no quisieron hacer.

Entre los que formaban la comitiva de Saint Pée había un joven barrigudo, movedizo y charlatán, de cara abultada, que no llevaba antifaz. Este joven, que había sido fraile, divertía a los hidalgos labortanos recitando canciones grotescas y adulándoles con el cándido servilismo de un poeta. El exfraile poeta se llamaba Cahusac.

—¡Abracadabra! ¡Abracadabra! —gritó con voz estentórea al entrar en la cueva.

Ofrecieron a Cahusac el líquido de las *Sorguiñas*, y él, rechazándolo con desprecio, murmuro:

—No, no; nada de enjuagues; vino, y siempre vino, Falerno y Céculo—; y

levantando el brazo exclamó en latín macarrónico:

¡Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus!
¡Post jucundam juventutem
Post molestam senectutem
Nos habebit humus!

Cahusac siguió con sus *gaudeamus*, demostrando hasta la saciedad su buena procedencia frailuna.

—Cahusac, tienes que hacer una invocación elocuente—le dijo uno de los amigos de Saint Pée.

—Ahora mismo—contestó Cahusac—. Dejadme un minuto de recogimiento y de vino: ¡Sombras augustas de los grandes magos y nigrománticos: de Apollonius, de Alberto el Grande, de Agrippa, de Fausto, de Merlín y de Paracelso, inspiradme!

Pasado un momento, el poeta, agitando una antorcha por encima de su cabeza, dijo:

—¡Hermanos euscaldunas! ¡Hijos del sol.

—¡Bien, Cahusac, bien!—gritaron sus amigos.

Cahusac hizo un gesto majestuoso imponiendo silencio.

—Perdonad — siguió diciendo — que un poeta del Bearn intervenga en vuestras lupercales y penetre en este antro recóndito y sagrado para dirigiros un saludo. Yo soy el poeta satírico de la escuela de Villón y de Clemente Marot; yo soy el poeta enamorado de la vida villana, aquel que cantaba los bellos ojos de Nanette y los hoyitos de las mejillas de Javotte... Pero hoy, mi musa satírica y suburbana ha calzado el alto coturno y ha encontrado en el agua que mana de esta misteriosa espelunca la fuente de Hipocrene...

... Ahora, en este momento en que toda la vida obscura de la Naturaleza

palpita en el misterio; en que se oyen los mil ruídos furtivos de la noche; en que el agua de este arroyo va llevando su canción mixta de alegría y de queja al mar, ahora que en el negro cielo tiembla una estrella de plata, ahora que el terrible *Baso-jaun* lanza su mirada roja por entre las ramas del bosque, en que la *Leheren-suguia* de las cuevas pirenáicas extiende sus siniestras alas por el aire, y la corneja lanza su grito agorero en las selvas, ahora el poeta oye la voz de la soledad, la voz del silencio, que se levanta como la vaga niebla del amanecer, y dice a sus vasallos, a la terrible faúna que puebla el inquieto imperio de la noche: ¡Hadas! ¡Silfos! *¡Sorguiñas! ¡Baso-Jaunes!* ¡Lamias! que peinais vuestros cabellos de oro en los arroyos de Zugarramurdi. ¡Espíritus del viejo solar vasco! ¡Andad! ¡Corred por las perfumadas vertientes del monte

Larrun! ¡Despeñaos por entre las rocas! ¡Marchad volando por los regatos, y rendid homenaje a las bellas damas que hoy adornan esta selvática morada! Vosotras, sabias hechiceras, envejecidas en el estudio de la ciencia de los sortilegios, sacad de las hierbas los perfumes más dulces, los néctares más enervadores, que hagan olvidar el *nepenthes* griego; dadnos en el fondo del vaso la alegría para correr en locas rondas por los prados virgilianos, el corazón ligero para amar a nuestras compañeras y el ingenio sutil para tejer en su honor pensamientos sublimes...

... Y cuando Cupido, en combinación con Morfeo, haya dominado los espíritus de nuestras beldades... vosotros, hidalgos, caballeros, gentileshombres velad su sueño, defendedlas contra las hidras y los dragones que vagan en la noche, y arrancad las alas

de las mariposas, y cubrid con ellas delicadamente sus pupilas para que no les dañen los rayos perniciosos de la luna...

—¡Bravo, Cahusac, bravo!—gritaron sus amigos—. El Bearn ha quedado muy bien.

VIII

LA NOCHE DE SAN JUAN

En tanto que Cahusac derrochaba su elocuencia y su erudición clásica ante su auditorio selecto, brotaban ráfagas de locura, de superstición y de erotismo en la masa de gente campesina que llenaba la cueva.

Una mujer joven, tirada en el suelo, gritaba furiosa:

—¡Ya está aquí! ¡Lo veo! ¡Me tiene entre sus brazos! ¡Ven, querido mío! ¡Ven!

Una vieja, subida sobre una piedra,

peroraba en vascuence contra la religión y la Iglesia. Era una vieja escuálida, vestida de negro, iracunda y siniestra. La gente la escuchaba asintiendo, y los curas sonreían. Otra mujer, contrahecha, idiotizada, una bufona, danzaba pesadamente, agitando una pandereta, produciendo la risa de todos, y un viejo cínico seguía a las mujeres medio desnudo.

Graciana de Barrenechea, excitada por el líquido de las *Sorguiñas*, comenzaba a sentir los efectos de la mandrágora y del estramonio. Sus pupilas, dilatadas, brillaban como las de un felino en su cara roja y sofocada. Graciana se acercó al muchacho agote, le habló con su voz más dulce y le besó en los párpados y en la boca.

Leonor, al ver a su amiga en aquel estado, murmuró varias veces:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va a pasar aquí!

Errotabide se acercó a Machain, y le dijo:

—Va a empezar la ronda; yo iré el primero. Agarraos de la mano.

Errotabide cogió de una mano a Leonor, quien dió la otra a Machain.

—No se suelte usted por nada—le dijo éste a Leonor.

—Tú no me sueltes Miguel; aunque me hagas daño, no importa.

Juanes de Goyburu comenzó a tocar el tamboril y el pito, y Juan de Sansín a llevar el compás tañendo el tambor.

—¡Vamos! ¡Vamos! *¡Calejira! ¡Carricadantza!*—gritaban los jóvenes.

—*¡Aquerra! ¡Aquerra!*—decían las viejas—. *¡Aquerra beti!* (siempre *Aquerra*).

Comenzó a prepararse la ronda. Saint Pée, con su pareja, quiso entrar en la cadena entre Leonor y Machain; pero éste rechazó varias veces violen-

tamente sus intentos. Saint Pée lanzó a Machain una mirada furiosa a través de su antifaz, y a no ser por sus amigos hubiera sacado la espada y atacado a su desconocido rival,

La agitación en el antro se había calmado, y todos, hombres y mujeres, formando parejas, estaban en la fila. Juanes de Goyburu comenzó a tocar el aire más saltarín y endiablado de su repertorio; Sansín llevó el acompañamiento, y la larga cadena, como una serpiente que desenvuelve sus anillos, salió de la cueva aullando, gritando, lanzando *irrintzis* salvajes al aire y saltando por el campo. La luna comenzaba a iluminar la tierra. Pasaba la fila por los prados, por los bosques, como un huracán. La flanqueaban las *Sorguiñas* con hachas de viento en las manos, los perros la seguían ladrando, Goyburu, el tamborilero, quebraba y alteraba el ritmo de sus tocatas, y las



daba una animación extraordinaria. En las cimas de los montes, grandes hogueras ardían en celebración del solsticio del año, recuerdo venerable del culto del Sol. La noche estaba húmeda y tibia. Las estrellas corrían por la bóveda celeste. Se oía de cuando en cuando la nota de flauta de los sapos, y a lo lejos el lamento triste de los buhos en celo.

Errotabide era el primero de la fila, y, por lo tanto, el director de los movimientos de la gran cadena. Como hombre de fantasía, tenía buenas ocurrencias; tan pronto se paraba en seco y chocaban las parejas y quedaban abrazados unos a otros, como obligaba a que se diera una vuelta a un caserío, o, quedando él inmóvil, hacía que se fuera formando a su alrededor un rollo de personas, hasta que se deshacía y se volvía a la marcha saltando al compás de los aires endiabla-

dos del tamborilero. El vecino del caserío que aun estaba despierto, se asomaba a mirar, temblando de espanto, por el resquicio de la ventana; quizá alguno veía por el aire a las brujas montadas en chivos y en palos de escobas, que pasaban raudas y veloces.

Las *Sorguiñas,* al acercarse a los apriscos, abrían las puertas para que saliesen las cabras y las ovejas; otras golpeaban con palos los matorrales y los árboles. Al llegar a los prados anchos y abiertos se bailaban rondas vertiginosas alrededor de una hoguera, formando un gran círculo, que aumentaba y disminuía de tamaño. Las cascarotas de Ciburu se distinguían por sus brincos y porque levantaban el pie a la altura de la cabeza. Los tamborileros tocaban entonces el aire más movido y desenfrenado. Después se seguía adelante, cantando, gritando, riendo a carcajadas. La mansa luna

de esta noche de Wallpurgis iluminaba la selva candorosa y púdica, llena de rumores y de perfumes. Era un espectáculo extraordinario, una fiesta de los instintos de la libertad, del amor... Era la rebeldía contra la negación de la vida, representada por la Iglesia poderosa y tiránica; era la protesta obscura de las selvas, de los arroyos, de las fuentes, contra los mitos sombríos y secos ideados en los desiertos.

—*¡Aquerra! ¡Aquerra! ¡Aquerra beti!*—vociferaban las viejas.

A la media hora de salir se llegó al prado de Berroscoverro, que ya por las cercanías comenzaban a llamar el Aquelarre.

Había que cruzar, para llegar a este prado, un camino hundido, sombrío, cubierto de árboles espesos. Al entrar en la sombra, los gritos cesaron. Las mujeres y los hombres iban silenciosos, excitados por el deseo y el mis-

terio. Al recorrer la sombría estrada aparecieron en el aquelarre.

Era ésta una pradera grande, con una ligera pendiente, limitada en la parte alta por una cortina tupida de árboles. La luna, levantada encima del boscaje, iluminaba el prado y dejaba una franja de él a la sombra. En esta parte de sombra, sobre un montón de piedras, y a la luz de las antorchas y de las madejas de resina, se veía, de pie, un gran macho cabrío negro. A un lado y a otro de él estaban los reyes del aquelarre: Miguel de Goyburu y Graciana de Barrenechea; a sus pies se habían agrupado las *Sorguiñas*, acompañadas de perros, cabras, ovejas, y llevando en la mano sapos y lagartos.

Graciana tenía el brazo derecho rodeando el cuello del agote, que había escogido como compañero; Goyburu contemplaba con una burlona sonrisa

la gente que iba viniendo al prado de Berroscoverro y los ligeros vapores que salían de la tierra húmeda.

Uno de los curas hizo una parodia de la misa, que duró poco tiempo y que no produjo espectación entre la gente; después, Graciana mandó que toda la fila pasara por delante del trono del macho cabrío.

Graciana, por indicación del diablo, tenía que emparejar a todos.

—Tú—dijo señalando a Errotabide—con ésta—, y señaló a una de las señoritas amigas de Leonor.

—Tú—y señaló a Leonor—con aquél—, e indicó a Saint Pée, que se había acercado al grupo.

—¿Quién manda eso?—preguntó Machain audazmente.

—Nuestro señor.

Machain sacó su espada y mostró la cruz al negro *Aquerra*. Viendo que no hacía efecto alguno, empuñando el

arma y encomendándose a su dulce amiga, levantó la espada y, de un tajo, abrío al macho cabrío la cabeza. El animal cayó derribado sobre la piedra donde se encontraba, y de ésta, en las convulsiones de la agonía, rodó al suelo.

Los soldados, abandonando sus parejas, desenvainaron la espada y se acercaron a proteger a Leonor y a Machain. Hubo un momento grande de confusión, chillidos, alaridos, carreras, riñas... Saint Pée quiso reunir gente para atacar a Machain, pero nadie le siguió.

Graciana, más valiente que los hombres, se echó sobre Machain, sin espantarle la punta de su espada.

—¡Por Dios, no matarla!—decía Leonor.

Uno de los soldados agarró a Graciana por detrás, del pelo, y de un empujón la derribó a tierra. Graciana,

presa de un ataque nervioso, quedó pataleando en el barro.

Las *Sorguiñas* que rodeaban el trono del aquelarre seguían lanzando alaridos, y cogían piedras y palos; preparándose para vengarse de los intrusos.

En esto se oyó el canto de un gallo, y, como por ensalmo, todas las viejas harpías desaparecieron.

Machain dió la orden de partir, y Leonor y su amiga fueron escoltadas por los soldados, y otra vez marcharon por las sendas, contemplando las hogueras que brillaban en las cumbres de los montes. Leonor y Machain iban abstraídos mirando las estrellas, sin hablarse, oyendo los rumores del campo llenos de vida, sintiendo la savia del mundo entero, que palpitaba en aquella misteriosa noche de San Juan.

Al pasar por la cueva de Zugarramurdi, Errotabide entró a sacar su ca-

ballo; había allí varias viejas, que comenzaron a gritar desesperadamente al ver que el caballo aplastaba unos cuantos sapos vestidos. Errotabide se burló de ellas, que se vengaron tirándole piedras.

Unas horas después, Machain con sus hombres dejaba a Leonor y a su amiga en Sara, en casa de doña Micaela de Gaztelu.

Leonor se despidió de Machain y de los soldados, dándoles las gracias por el inmenso favor que le habían hecho, y al día siguiente marchaba a Urtubi.

IX

EPÍLOGO

Un año después, Graciana de Barrenechea, su marido y muchos de sus amigos y amigas *Sorguiñas* eran presos por la justicia española y llevados a las cárceles de la Inquisición de Logroño, condenados y sacados a la vergüenza pública en un auto de fe.

Leonor, que había vacilado mucho en contar a su tío lo que le ocurrió a ella la noche del aquelarre del día de San Juan, por fin se lo contó y le dijo

que tenía amores con Machain, y que si el barón lo permitía, esperaba casarse con su salvador.

—No creía que Graciana pudiera ser tan loca—exclamó Urtubi—. Confieso que ese muchacho te prestó un gran servicio; pero, mi querida, el matrimonio no es sólo una cuestión de inclinación o de agradecimiento, sino también de conveniencia. Yo te casaré con algún gentilhombre, y después harás lo que quieras.

Al ver que Leonor insistía el barón dijo: —Dejemos eso. Dentro de seis meses hablaremos.

Al cabo de seis meses, la dama de Urtubi estaba igualmente decidida a casarse con Miguel.

—Mire usted, tío—murmuró—, yo le quiero a usted como si fuera mi padre, pero no le puedo obedecer. No me he de casar mas que con él, o si no entraré monja.

—No, eso no. Prefiero un sobrino palurdo a que seas monja. Puesto que te empeñas, dile a ese mozo que aprenda a presentarse como un caballero y, cuando esté un poco desbastado, que venga.

—Pero Miguel no necesita aprender nada. Es un caballero.

El mismo día Leonor avisó a Machain, quien se presentó en Urtubi. El barón creía habérselas con un aldeano, pero le sorprendió encontrarse con un militar fuerte, sereno y dueño de sí mismo. Miguel habló de su vida en América, de los países que había visto, de sus aventuras, y tuvo suspenso a Urtubi y lleno de interés.

El barón dió su asentimiento a la boda. Quería que su sobrina siguiera viviendo en el castillo; en cambio, Machain prefería hacer una casa propia. Venció el criterio del novio, y éste comenzó a construir a la salida del pue-

blo una casita nueva. En el frontal de la puerta de entrada, Miguel no quiso poner escudo alguno; únicamente hizo grabar esta inscripción, que aun ahora puede leerse: «Miguel Machain y Leonor de Alzate la mandaron edificar en 1611.»

ÍNDICE

Ilustraciones en colores, de Ricardo Baroja

